

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO IV.—NÚM. 69.

ADMINISTRACION:
CRISTÓBAL BORDÍU, 1.—MADRID

1.º de Mayo de 1901

SUMARIO

SOCIOLOGÍA: *La evolución de la filosofía en España*, por Federico Urales.—*Campesinos, fábricas y talleres*, por Pedro Kropotkin.—*De la clasificación de los fenómenos sociales*, por Raúl de la Grasserie.—*Movimiento filosófico*, por U. González Serrano.
CIENCIA Y ARTE: *Fisiología*, por Fernando Lagrange.—*Crónica científica*, por Tarrida del Mármol.—*Los malos pastores*, por Octavio Mirbeau.—*París*, por Emilio Zola.
SECCIÓN GENERAL: *Las necrópolis*, por Fermín Salvochea.—*Un triunfo*, por María Mallié de A.

SOCIOLOGÍA

LA EVOLUCIÓN DE LA FILOSOFÍA EN ESPAÑA

(CONTINUACIÓN DEL CAPÍTULO V)

Hemos visto y veremos siempre en filosofía dos tendencias opuestas: una que dirige sus pasos hacia el vasallaje y la represión orgánica esencialmente social, religiosa, legislativa, autoritaria; otra que busca la Naturaleza, y no admite más ley que la de la materia; ésta es revolucionaria y atea. En todo tiempo las citadas tendencias se han dividido en dos grandes grupos: en espiritualistas y naturalistas. Más fuertes y autoritarios los primeros, por la fuerza se impusieron casi siempre. Realmente los naturalistas no han hecho más que empujar la humanidad hacia la Naturaleza; pero como batallaban sólo en el terreno especulativo, y no en el social, que es donde hay que batallar para ganar la partida, sus esfuerzos se perdían en el inmenso oleaje de los intereses sociales que llamaban á su lado á todos los inteligentes que se creían superiores á los demás hombres. Para que el ser humano viva la vida natural es preciso cambiar antes la base de la sociedad que se lo impide. Decir á los humanos: «La virtud ó la justicia consiste en vivir conforme la Naturaleza», y apoyar tal idea en raciocinios más ó menos especulativos, es hacer bien poca cosa en bien de la causa naturalista que defendemos. Es preciso condenar, ante todo y sobre todo, toda imposición y hacerla imposible estableciendo la igualdad económica. Con leyes escritas y con la propiedad individual, el hombre no podrá vivir conforme la Naturaleza, por numerosos que sean los libros y las personas que se lo aconsejen. La libertad y la igualdad han luchado siempre con el egoísmo de los más sabios ó más inteligentes, que no han perdido ocasión para erigirse en señores, poniendo todo su talento al servicio del privilegio para poder ser ellos privilegiados.

Así sucedió que el naturalismo y la liberalidad griegos fueron vencidos por el espiritualismo y la autoridad de los pensadores cristianos y judíos, que vieron en esta doctrina el modo de erigirse en amos. Cuanto más poderosa ha sido la filosofía espiritualista, más lo ha sido la religión, la ley y la moral que escudan el privilegio; y cuanto

más fuerte se ha presentado la filosofía naturalista, más débiles hemos visto la ley, el privilegio y la religión. El espiritualismo ha tenido grandes periodos de dominación; el cristianismo le ha otorgado el más largo. El naturalismo no ha reinado nunca en la práctica desde que hay mío y tuyo; sólo ha reinado en los espíritus. Los genios han sido casi todos egoístas, pasándose al bando espiritualista, que lo es del privilegio, para darse vida regalada en perjuicio de su dignidad de hombres.

*
* *

Cuando la filosofía de San Agustín entró en España, el espiritualismo estaba en su apogeo, porque lo estaba el dogma, la fuerza y la ley. Ya nadie pretendía vivir conforme la Naturaleza; ningún Demóstenes hubiera preferido un rayo de sol á las ofertas de Alejandro. Una cruel tiranía, un fanatismo infernal y una injusticia enorme se habían extendido por todo el mundo civilizado. Rebaños sin conciencia los pueblos, pastores sin conciencia los filósofos, casi todos con prebendas como obispados desde que la filosofía se unió con la religión, de dos fuerzas y de dos privilegios se hizo una fuerza y un privilegio. ¿Cómo no ser partidarios del espiritualismo los pensadores, si les proporcionaba posiciones tan ventajosas? Se las proporciona aún hoy, porque aún hoy reina el privilegio y aún hoy el hombre tiene motivos sociales para ser egoísta y falsario.

Pero la lucha entre las especies intelectuales existe como entre las especies orgánicas, y esta lucha modifica y transforma las ideas y las posiciones que en ellas ocupan los filósofos, ni más ni menos que lo que ocurre en el reino animal, donde constantemente mueren y nacen nuevas especies. Merced á este carácter de la evolución, á esta lucha inconsciente de organismos intelectuales, se forman doctrinas nuevas y desaparecen las viejas; y en el curso de este libro hemos de ver cómo los cuerpos doctrinales se defienden con igual brío que los cuerpos orgánicos.

Ya hemos notado las modificaciones en sentido positivista que la filosofía oriental recibió en Grecia. Vimos después en Roma descender la filosofía á prácticas sociales. Más tarde, en esta misma Roma, pudimos apreciar un nuevo crecimiento de la filosofía espiritualista. En Alejandría asistimos á la formación del dogma, de la religión única, en cuya obra concurren los pensadores de tres pueblos distintos y hasta el espíritu de tres razas muertas. Durante esta gestación son innumerables las especies intelectuales que se agregan y disgregan del cuerpo doctrinal en formación. Y ya en el período filosófico que relatamos queda muy poca cosa de los primitivos cuerpos doctrinales, y hasta de los que promovieron la revolución cristiana.

*
* *

Séneca, que nació en Córdoba, hay quien supone en el mismo año que Cristo, ejerció no poca influencia entre los pensadores españoles ó que vivían en este país. Algunos historiadores de los primeros siglos cristianos, y entre ellos Tertuliano y San Jerónimo, dicen que Séneca abrazó el cristianismo y que por sospechar de él tal cosa, Nerón, su emperador y discípulo á la vez, le ordenó que se matara. No es inverosímil la conversión de Séneca al cristianismo, y nosotros, en otra parte de este libro, ya hemos expuesto lo que pensamos sobre el particular; esto es, que Séneca fué uno de los principales pensadores que contribuyeron á la formación del cristianismo. Muy joven era cuando llegó á Roma acompañado de su padre. En la Ciudad Eterna hizo sus estudios, y el hecho de haber nacido en España y de estar ésta sometida al imperio

romano, fué causa de que la influencia del pensador ibero se dejara sentir en el país que le vió nacer y aun de que Córdoba recibiera mercedes y distinciones de Claudio y de Agripina. Estoico Séneca, y siendo el estoicismo la principal base de la moral cristiana, Zenón había de ser el autor preferido de los españoles dados á cavilaciones filosóficas. Sin embargo, genuinamente español apenas si había un pensador por aquel tiempo. Marcos Fabio Quintiliano, que había nacido en Calahorra durante el reinado de Claudio, pasó á Roma muy joven también y en compañía de su padre, en donde éste ejercía la abogacía.

Cuando Galba fué nombrado procónsul de España por Nerón, se llevó consigo al joven retórico para utilizar sus talentos, y elevado aquél al imperio, nombró á Marcos Fabio profesor de elocuencia con un sueldo de 10.000 sesteracios (5.000 duros).

En Roma gozó más tarde del favoritismo de algunos emperadores, que le nombraron preceptor de sus hijos ó de sus nietos. En tan elevado cargo ejerció gran influencia en la cultura romana y por ende en la de todas sus colonias. Orador y retórico ante todo, se ocupó más de la forma que del fondo de las cosas, y estas circunstancias precisamente valiéronle la admiración de la Roma decadente. Apenas se puede decir que tuvo ideas filosóficas, y por las expuestas en sus *Instituciones oratorias*, más se acerca á los espiritualistas que á los materialistas.

Columela, que nació en Cádiz, tampoco puede ser considerado como filósofo, dándose más al estudio de la botánica que de la filosofía. No obstante, en sus obras se inclina hacia Pitágoras. Pitagórico era también el valenciano Cayo Junio Hygino. De Anneo Sereno, Séneca decía que era el Zenón español.

Estos retóricos y pensadores florecieron en la península ibérica durante la dominación romana, y su saber era un reflejo de la cultura de Roma, pudiendo ser comprendidos entre los pensadores de aquel imperio.

Más hacia acá, cuando el cristianismo ó, mejor el catolicismo, extendió las luchas religiosas por todos los países civilizados, España produjo, si no pensadores, sectarios que llevaron la voz de la intolerancia y de la guerra contra los herejes.

Obispo de Córdoba era Osio, el que presidió, por encargo del papa, el famoso concilio de Nicea, del cual hemos hablado anteriormente. Sabido es que en dicho concilio se discutieron y condenaron las ideas de Arrio, de un matiz naturalista en lo que se referían á Jesucristo y á su madre. El símbolo niceno que profesa la Iglesia católica, es obra de Osio. También tradujo el *Timeo* de Platón, viendo en las ideas de este filósofo el precursor del Evangelio cristiano. Osio más se distinguió como teólogo que como filósofo, y únicamente á falta de otros que nos sirvan de lazo en este somero estudio de la evolución de la filosofía haremos mención de ciertos intelectuales.

El maniqueísmo y la cábala tuvieron también representación en España; pero fué en el siglo IV, cuando San Agustín era ya una potencia en esta orientación del pensamiento filosófico. Prisciliano, nacido en Galicia, y obispo de Avila por voluntad de sus numerosos adeptos, á pesar de la oposición que le hizo la propia Iglesia, que no veía en Prisciliano á un ortodoxo, fué el representante del maniqueísmo español, que, al fin, pagó con la muerte en degollación, después de haber sido excomulgado por un concilio celebrado en Zaragoza y por otro que se celebró en Burdeos. Así empezaba á hacer adeptos la palabra dulce, recta y moral del Maestro.

FEDERICO URALES.

Continuará.)

CAMPOS, FABRICAS Y TALLERES

(Continuación.)

Además, las fuerzas que la industria alemana recibe de la educación técnica de sus obreros, ingenieros y numerosos hombres científicos, han sido tan frecuentemente discutidas por los promovedores de la educación técnica en Inglaterra, que la repentina constitución de Alemania en país industrial no puede negarse por más tiempo.

Mientras que antes se necesitaba medio siglo para desarrollar una industria, ahora se consigue lo mismo en pocos años. En el año 1864 sólo 160.000 q. m. de algodón en rama se importaron en Alemania, y únicamente 16.000 q. m. de algodón tejido se exportaron; el hilado y tejido de algodón eran allí industrias casi insignificantes. Veinte años después, la importación de algodón en rama se elevó á 3.600.000 q. m., y dos años más tarde llegó á 5.556.000 q. m.; mientras que las exportaciones de dicho artículo, tejido é hilado, se evaluaron en 90.000.000 de francos en 1883, y en 191.550.000 francos en 1893.

En menos, pues, de treinta años se creó una gran industria; se desarrolló el conocimiento técnico necesario, y, al presente, Alemania sólo es tributaria del condado de Lancaster en lo que al torzal superior se refiere. Y sin embargo, Herr Franke cree (1) que hasta esta desventaja pronto desaparecerá. Se han construido últimamente hermosas filaturas, y la emancipación de Liverpool por medio de una Bolsa dedicada al algodón, establecida en Bremen, está en vías de progreso (2).

En la industria lanera el número de las filaturas se duplicó rápidamente, y en 1894 el valor de la exportación de géneros de lana alcanzó á 205.507.500 francos, de los cuales 22.589.225 fué el valor de las remitidas al Reino Unido (3). La industria del lino ha crecido con mayor rapidez todavía; y respecto á sedas, Alemania, con sus 87.000 telares, y una producción anual evaluada en 225.000.000 de francos, ocupa el primer lugar después de Francia.

El progreso en el comercio de productos químicos alemanes es bien conocido; sus efectos se hacen sentir bastante en Escocia y Northumberland; en tanto que las Memorias sobre las industrias del hierro y el acero que se encuentran en las publicaciones del Instituto del Hierro y el Acero, y en la investigación hecha por la Asociación Británica de la Industria del Hierro, muestran el formidable crecimiento de la producción de lingotes de hierro y hierro labrado que ha habido en Alemania en los últimos veinte años. No es, pues, maravilla que los derechos de importación se redujeran, en lo que al hierro y al acero se refiere, á la mitad en dicho período de tiempo, mientras que las exportaciones llegaron á casi cuatro veces más. Y respecto á la construcción de máquinas, si los alemanes han cometido el error de copiar servilmente los modelos ingleses en vez de buscar nuevos horizontes y crear nuevos tipos, como hicieron los americanos, debemos, sin embargo, reconocer que sus copias son bue-

(1) *Die neuste Entrockelung der Textil-Industrie in Deutchland.*

(2) Cf. SCHULZE GÜMERSUTZ, *Der Grosshandel*, etc.

(3) La importación de géneros de lana alemanes á este país ha ido creciendo constantemente de 15.186.100 francos en 1890 á 22.689.235 francos en 1894, siendo evaluadas las exportaciones á Alemania de géneros de hilo, en 69.234.800 francos en 1890, y 75.429.075 francos en 1894.

nas y que compiten ventajosamente en precio con las herramientas y maquinaria inglesas. Creo inútil mencionar la superior calidad de los aparatos científicos alemanes: ella es bien conocida de los hombres de ciencia, hasta en la misma Francia.

A consecuencia de esto, las importaciones de productos industriales de todas clases disminuyen en Alemania. El conjunto de la importación de textiles (incluyendo el hilado) ha descendido tanto, que puede compensarse con un valor igual de exportación. Y no cabe dudar de que, no sólo el mercado alemán de textiles se habrá perdido pronto para los otros países industriales, sino que la competencia alemana se hará sentir cada vez con más fuerza, tanto en los mercados neutrales como en los de la Europa occidental. Es muy fácil hacerse aplaudir de un auditorio poco enterado del particular, diciendo, con más ó menos énfasis, que los productos alemanes no igualarán *nunca* á los ingleses! Pero la verdad es que compiten en precios, y algunas veces también—cuando hace falta—en buena calidad, lo cual se debe á muchas causas.

La cuestión de «el bajo precio del jornal», á la que tanto se alude en las discusiones sobre «la competencia alemana» que se deja sentir en Inglaterra y Francia, debe descartarse esta vez, puesto que se ha demostrado de un modo innegable, por muchas investigaciones recientes, que salarios bajos y jornada larga no implican necesariamente un producto económico.

Trabajo poco retribuido y derechos protectores, sólo significan la posibilidad, para un número determinado de industriales, de seguir trabajando con máquinas antiguas y malas; pero en industrias importantes y de un elevado desarrollo, tales como las del algodón y del hierro, la baratura en la producción se obtiene con jornales elevados, jornada corta y máquinas de primera calidad. Cuando el número de operarios que se necesita por cada 1.000 husos puede variar desde diez y siete (en algunas fábricas rusas) á tres (en Inglaterra), no hay reducción en los jornales que pueda compensar tan inmensa diferencia. Así que en las mejores fábricas de algodón y talleres de construcción de maquinaria alemanes, los jornales (lo sabemos directamente, respecto á la industria del hierro, por la investigación antes mencionada de la Asociación de la Industria del Hierro Británica) no son inferiores á los de Inglaterra. Y hasta puede decirse que allí son más elevados que aquí—á pesar de ser este el paraíso de los intermediarios—; estado que se conservará mientras este país siga viviendo, en primer término, de la importación de productos alimenticios.

La principal razón del éxito de Alemania en el terreno industrial, es la misma que para el de los Estados Unidos: ambos países entran justamente ahora en la fase industrial de su desarrollo, y lo hacen con todas las energías propias de la juventud y la novedad; en ambos se disfruta de una educación científicamente técnica—ó por lo menos concretamente científica—y muy extendida y desarrollada; en los dos se construyen las fábricas según los mejores modelos que funcionan en otras partes, y los dos se hallan en el momento de despertar y abrir sus energías á todos los ramos de la actividad: literatura y ciencia, industria y comercio. Entran en el mismo período en que se encontraba Inglaterra en la primera mitad de este siglo, en el cual tanto inventaron sus trabajadores en la maravillosa maquinaria moderna.

Lo que sencillamente tenemos ante la vista no es ni más ni menos que un hecho, desprendido del *desarrollo consecutivo de las naciones*. Y en lugar de gritar y oponernos á él, sería mucho mejor que viésemos si había medio de que los dos pueblos iniciadores de la gran industria—la Gran Bretaña y Francia—tomasen un nuevo derrotero; si

no, hay necesidad de buscar otro campo de acción al genio creador de estas dos naciones, el cual pudiera ser la utilización, tanto de las facultades agrícolas como de las industriales del hombre, para asegurar el bienestar de la nación entera, en vez del de los menos solamente.

PEDRO KROPOTKIN.

(Traducción de Salvochea.)

DE LA CLASIFICACIÓN DE LOS FENÓMENOS SOCIALES

POR

Raúl de la Grasserie (De «L'Humanité Nouvelle»).

(Continuación.)

b) Fenómenos de reproducción social interna y de embriogenia.

Se trata en ellos de los problemas de la población, de su aumento ó de su disminución en cada sociedad; el elemento cuantitativo domina en la ciencia correspondiente, la demografía, sobre el cualitativo.

No se debe confundir con la reproducción biológica, que concierne al individuo, mientras que la producción social, aunque tiene su base en la primera, interesa á la sociedad. Esta diferencia es fácil de comprender. Que en un Estado la mitad de las familias sea muy fecunda y la otra mitad infecunda, no interesará con tal de que se obtenga una fecundidad media; por el contrario; las familias fecundas estarán interesadas en un sentido y las otras en el opuesto, no sólo en sus deseos, sino en sus intereses reales. El interés de la reproducción no es idéntico para el individuo y para la sociedad.

En ésta es mayor el interés, le va en ello su propia existencia; no sólo desaparece la sociedad ó se debilita al extremo de desaparición aproximada cuando la infecundidad domina, sino que además, si la fecundidad disminuye mucho, si no hay acrecentamiento de su población, mientras las demás aumentan, puede ser vencida y conquistada. Todos saben el grave riesgo que la falta de aumento de población puede hacer correr á Francia.

Al mismo orden de ideas corresponde la adopción ó reproducción artificial. Rara en los individuos, es más frecuente en las naciones. La inmigración es á veces creadora. Continúa siéndolo en los Estados Unidos y en la República Argentina. Sin esperar la acción del tiempo, la fusión de los inmigrantes con los antiguos habitantes produce una población rápida, pero heterogénea y con espíritu nacional menos intenso. Semeja la reproducción social interna á la reproducción del individuo.

Por último, la mezcla de razas y los mestizos ofrecen analogía con la filiación natural.

Es preciso añadir á los fenómenos de reproducción, como consecuencia de ellos, los de embriogenia. Acontece lo mismo en los individuos. En ellos no basta que el descendiente exista en germen; es preciso que pueda recorrer todas las fases de la vida intra-uterina, como un fruto que ha de llegar á la madurez. Así en la reproducción social interna importa que los hombres que forman parte de una sociedad lleguen á ser adultos, porque hasta entonces son una carga y no un beneficio para ella. El hombre individual, para serlo, ha de nacer, no basta que esté concebido; el hombre social necesita además salir de la infancia. Todos los fenómenos de educación son, por tanto, fenómenos de embriogenia.

c) Fenómenos de relación social interna.

Se cumple la relación social interna mediante un fenómeno, ó mejor, una clase de fenómenos hasta ahora abandonados y no enumerados por los sociólogos: el lenguaje. Seguramente la formación del lenguaje se debe á la influencia psicológica; y hemos varias veces notado que constituye un verdadero espejo; pero hay un resultado sociológico importante, no de sociedad á sociedad, entre las cuales se interpone como barrera, sino entre individuos de una misma sociedad como lazo social de primer orden.

Sin el lenguaje apenas se concibe relaciones posibles entre los hombres; aun entre naciones diferentes, si hablan la misma lengua, se aproximan. El lenguaje es el criterio, aproximado sólo, pero usual, de las razas; es el positivo de las naciones. Puede suplirse por el natural, pero molesto, del gesto ó excepcionalmente por el artificial de la escritura. Es, pues, el fenómeno específico de la vida de relación social entre individuos. Es en sociología lo que el oído, la vista y el olfato en biología.

No existe en la relación social interna otro orden de fenómenos. Sería inexacto referir á ella las relaciones jurídicas, que están fundadas en la sociedad central y de ella emanan; no deben referirse á ella los fenómenos sociales externos, sino los productos naturales y voluntarios.

Tales son los fenómenos normales de la vida social interna. Pasamos á los fenómenos anormales, que son de desintegración ó de reintegración.

B. Fenómenos anormales.

Comprende los fenómenos: 1.º, *patológicos*, que desde la enfermedad pueden llegar á la muerte y convertirse en *necrológicos*; 2.º, *teratológicos*; 3.º, *terapéuticos*; 4.º, *higiénicos*.

a) Fenómenos patológicos.

Las enfermedades que pueden afectar á este ó al otro individuo, físicas ó intelectuales, son de la incumbencia de la patología biológica.

Además, no se trata sólo de las que pueden afectar al cuerpo ó al espíritu, sino también de las propiamente económicas. Así, la miseria, demasiado intensa ó extendida á gran número de miembros de la sociedad, se convierte en enfermedad social interna.

Así comprendidas las enfermedades sociales, permanecen internas, es decir, que afectan primero directamente á los individuos, y después repercuten en la sociedad. Luego veremos que existen también enfermedades de la sociedad externa, por las cuales los individuos son afectados sólo indirectamente. Por ejemplo, las guerras, la invasión, causan á la sociedad en su conjunto enfermedades de naturaleza traumática; no se trata de ellas ahora.

He aquí algunas de las enfermedades de la sociedad interna.

La más social quizá, es el *crimen*, ó más exactamente la existencia del *criminal*, objeto de la criminología, no cuando ha sido condenado, en cuyo caso la sociedad ya ha intervenido y se trata entonces ya de terapéutica, ya de la acción de la sociedad central, sino cuando existe en germen para un primer crimen ó para la reincidencia. Esta, si hay muchos criminales, es una verdadera enfermedad para el criminal mismo, de seguir los sistemas deterministas, en todo caso, para la sociedad en su conjunto. La enfermedad puede agravarse si los criminales son numerosos ó endurecidos, en caso de reincidencia, por ejemplo. La criminología comienza á ser estudiada con razón desde el punto de vista patológico.

Con el *criminal* tiene varias conexiones el *enajenado*. Numerosos los fenómenos de

enajenación, sugieren cuestiones muy graves. El demente peligroso interesa á la sociedad misma, lo mismo que la multiplicación de los casos de enajenados. En el individuo es una enfermedad mental; en la sociedad, una enfermedad que afecta á su constitución.

En fin, la *miseria*, que para el individuo más que enfermedad es un mal, es una enfermedad para la sociedad. Esta no sufre siempre económicamente, pues la riqueza de los unos compensa la pobreza de los otros y la riqueza nacional no cambia; pero sufre patológicamente por una ruptura de equilibrio, de tal manera que por consecuencia de esta mala distribución con frecuencia se encuentra trastornada.

Enfermas sociales, aunque no individuales, las prostitutas, en número excesivo, desmoralizan el cuerpo social y dejan un residuo considerable.

Se puede añadir la vagancia. Los vagabundos no son individualmente los enfermos, ni verdaderos culpables, pero su número *excesivo* produce una verdadera enfermedad social.

Hay otras enfermedades sociales internas; sólo hemos querido citar las más notables.

La enfermedad puede ser curada, como veremos en seguida; pero puede no serlo, hacer perecer y conducir á la muerte. Por último, ésta puede sobrevenir sin que la produzca ninguna enfermedad.

Es muy raro que la enfermedad no traumática, producida, por ejemplo, por la criminalidad ó por la *miseria*, haga perecer á una nación; pero puede hacerla decaer. Veremos, por el contrario, que el traumatismo puede producir ese resultado. Respecto á la muerte sin enfermedad es el producto de una disminución constante de la población.

Al lado de las enfermedades no traumáticas se colocan las enfermedades traumáticas de la sociedad interna. Resultan de las disensiones intestinas, del decaimiento causado por las luchas de los partidos, por las guerras civiles. Son más terribles que las de origen no traumático. La guerra civil puede entregar el país al extranjero ó debilitarle por separaciones ó engendrar gastos insostenibles.

b) Fenómenos teratológicos.

No es la teratología de orden morboso, y su clasificación lógica sería tal vez al lado de la embriogenia; sin embargo se comprende en el presente epígrafe por su carácter anormal.

Pueden ofrecer caracteres monstruosos las personas que forman parte de la sociedad. Es preciso que sean numerosas, porque de otro modo la monstruosidad sería exclusivamente biológica. Se puede ante todo considerar como teratología la existencia de los criminales reincidentes, esto es, de los reputados como impotentes para resistir al crimen y la de los locos peligrosos é incurables. Existen además ciertas sectas religiosas que predicán dogmas contrarios á la naturaleza, ya objetiva de los hechos, ya subjetiva del espíritu.

c) Fenómenos terapéuticos.

Se trata de la curación de las enfermedades sociales existentes en los individuos, no por los medios coercitivos que resultan de la legislación, sino por procedimientos naturales; sin embargo, no se excluye á los primeros cuando tienden á la curación más que á la represión. Difieren los procedimientos terapéuticos según los grupos de enfermedades y es preciso referirse á tales grupos.

Entre las enfermedades no traumáticas hemos citado el crimen, la locura, la *miseria*; debe aplicarse á ellas una terapéutica social. Cometido el crimen, importa curar,

por decirlo así, al criminal de su crimen (más adelante nos ocuparemos de la víctima), lo cual se consigue mediante un régimen penitenciario adecuado. No se trata ya de la *criminología*, ni aun de la legislación penal, sino de la ciencia de la pena reformadora.

También debe aplicarse la terapéutica á la locura declarada, procurando la curación con medios sociales.

Mayor acción tienen éstos aún sobre la miseria. Si llega á ser social, es decir, que afecta á grandes masas, interviene la terapéutica social; por ejemplo, á consecuencia de epidemias, de incendios, hambre, etc. Entonces la sociedad concede socorros á cargo de la colectividad. Debe además dar lo adecuado, terapéutica especial de la miseria.

Las enfermedades traumáticas sociales dan origen á una terapéutica especial. Consiste, entre otros medios, en la gracia, la amnistía ó, según los casos, en una represión más severa en las leyes políticas, ostracismo. A veces la terapéutica es quirúrgica y debilita ó destruye la masa, el partido político que ha causado el traumatismo.

d) Fenómenos higiénicos.

La higiene es una *terapéutica preventiva*. Se atiende á impedir que el mal se desarrolle más que á curarlo. A pesar de su gran utilidad, se halla poco adelantada en el orden biológico y menos aún en el sociológico. De nuestros días data el empeño de impedir el crimen destruyendo sus causas.

Para ello se han ideado instituciones preventivas. Por ejemplo, contra la miseria, las sociedades de seguros sobre la vida, las de socorro mutuo, las cajas de ahorro. Por el contrario, la limosna, los socorros concedidos por el Estado son medios terapéuticos.

De igual modo las instituciones penitenciarias son recursos terapéuticos contra el crimen, mientras las medidas preventivas son higiénicas. De esta índole son las tomadas contra la vagancia, la mendicidad, la embriaguez, sobre todo cuando no consisten en la detención propiamente dicha. Por ejemplo, hay casas de trabajo, casas de amor al trabajo, casas de bebedores: las primeras destinadas á vagos y perezosos; las últimas á los borrachos; no son establecimientos penitenciarios, sino preventivos, con el fin de impedir los delitos que son consecuencia natural de la vagancia y de la embriaguez. Por la misma consideración se recluye á los enajenados peligrosos.

Existen otras medidas preventivas contra el crimen propiamente dicho ó las faltas perjudiciales. El tratamiento se reduce á la amenaza de la pena; de esta categoría son las correcciones de la policía.

En todos estos casos, la prevención, señaladamente por medios naturales más que de coacción, equivale á la higiene del cuerpo físico. Las sociedades de templanza, las recompensas de las acciones virtuosas son en este respecto medios higiénicos muy estimables.

(Traducción de U. González Serrano.)

(Continuará.)

MOVIMIENTO FILOSOFICO

E. ZOLA. *La Verité en marche*. (Bibliothèque-Charpentier.)—El último libro del célebre novelista E. Zola pudiera considerarse una especie de *filosofía en acción*. Y ya que tanto se censura el pensamiento especulativo por su carácter abstracto, vale la pena verlo en acción, convertido en hecho vivo por quien menos era de esperar, por un poeta. La intervención generosa y desinteresada de Zola en el célebre *Affaire Dreyfus* es conocida de todos. En el volumen *La Verité en marche* colecciona el gran escritor los artículos, cartas y manifiestos con que se ha mostrado parte en el ruidoso

asunto, colección que, según dice en el Prefacio, publica como una contribución para la historia, que quizá no se pueda escribir aún en mucho tiempo. ¡Tantos intereses encontrados ha puesto en lucha y tantas y tan opuestas pasiones han jugado en él! No pretende reproducir el célebre *Affaire*, que ha estado á punto de hacer ingresar en el reino de la insania á la mitad de los franceses. Lo destina á poner en claro su participación en las controversias apasionadas, que comienza por desear terminar. Contra los que creyeran maliciosamente (la suspicacia no tiene límites) que Zola invocaba la severa majestad de la justicia como un nuevo reclamo para *succès* de que él, sin orgullo, debe considerarse desde luego satisfecho, importa recordar que no es ésta la única ocasión en que el jefe del naturalismo se ha dejado llevar por los dictados de su conciencia, subordinando á ellos todo otro móvil secundario. Contra la opinión dominante, torrente que suele avasallar á los espíritus mal templados, Zola lucha y lucha; si no alcanza la gloria del resultado, se esfuerza por merecerla. Es un gran escritor, pero es á la vez un *gran carácter*. Por esto decimos que su libro es *filosofía en acción*. No hay necesidad de recordar el calvario que recorrió, cuando la opinión le fué adversa, ni juzgar el temperamento de transacción que apaciguó las pasiones después de revisar el juicio en Rennes. Lo que sí conviene tener presente es que tal conducta es habitual en el gran escritor. En 1866, joven aún y pobre, comenzaba Zola á darse á conocer, encargado por M. Villemessant de las críticas de pintura en un periódico muy leído, *L'Evènement*. Era la ilusión realizada para Zola, casi desconocido y colocado en tribuna desde la cual podía hacer carrera, conquistando el favor del público á poca costa. Le bastaba para ello agradar á los artistas entonces en boga. Tal hubiera sido la conducta de cualquiera. Pero Zola descubrió entre los artistas á un pintor joven, desconocido, que ya había conjurado contra sí la enemiga de críticos y artistas, quizá por su originalidad y por su impulso innovador: Eduardo Manet. La opinión general, la crítica que más justificación y autoridad gozaba, los artistas que ejercían mero y mixto imperio, todos, todos le denostaban.

Las críticas de Zola en *L'Evènement*, defensa acalorada de Manet, desafiaban á la opinión contraria al nuevo pintor, y despertaron tantas y tantas protestas de la opinión, en cierto modo cristalizada en sentido contrario, que M. Villemessant despidió á Zola del periódico. El principiante, acusado entonces como ahora de impulsos bajos y motivos ruines, fué despedido de todos los periódicos donde solicitaba colaborar. Y para ganar su pan del día, hubo de acometer la por entonces gigantesca empresa de escribir libros, cuyo editor y cuyos lectores eran una incógnita.

Podría creerse la defensa de Manet por Zola una audacia, hija de la imprevisión juvenil. Pero, una vez escalado el pináculo, ya conquistada la gloria, rayano en la vejez, tímido ante la lucha, arriesga su popularidad, compromete su posición y lucha cuerpo á cuerpo, como en el año 1866, contra la opinión general, y se declara paladín de la inocencia de Dreyfus, porque así lo cree por sincera convicción de su propia conciencia. Joven entonces, viejo ahora, el mismo amor á la justicia é idéntico desprecio á las preocupaciones vulgares le arrojan al combate.

Acto laudable, pues hoy las adulaciones lacayunas de los vetustos palaciegos han evolucionado hacia las multitudes. La lisonja, atmósfera ficticia de los palacios de los poderosos, se ha difundido entre las multitudes. Suele ser más difícil decir la verdad entera con esta decantada libertad de la prensa, que podía serlo antes hacerla llegar á las gradas del trono. Pero la excepción merece consignarse. Zola, con su soberana independencia de juicio arroja el grito de indignación, que despierta las conciencias

dormidas y lucha contra los poderosos y contra el pueblo en defensa de un inocente. Quería dignificar, en vez de envilecer, la naturaleza humana. Y para que nada falte en esta obra de redención, llena las últimas páginas de su libro con una defensa elocuente y sincera (cómo no, si arranca del corazón) de la memoria de su padre, ultrajada por sus enemigos con la acusación de que ha sido un prevaricador y un ladrón. Ahora ya encontrará justificada el lector nuestra afirmación. *La Verité en marche* es una lección de filosofía práctica, elocuentemente dada en un libro, que es una obra bella y además buena.

G. L. DUPRAT. *Psychologie de l'animal*.—En los números de la *Revue Universelle* (6 y 8 del corriente año), G. L. Duprat estudia el problema psicológico en los animales. Creemos que merece ser conocido, siquiera sea en breve resumen, el contenido doctrinal de este trabajo. Parte del supuesto innegable que la *psicología comparada* es de urgente necesidad para el conocimiento científico del hombre. Para poner de relieve la inteligencia de los animales, cita los casos enumerados por Darwin y Romanes de los movimientos de la ameba para nutrirse, los múltiples observados por Lubbock en las hormigas, revelando memoria y hasta una especie de imaginación estratégica. Repetidos estos ejemplos en las abejas, en los peces y en los pájaros, autorizan para inducir, en conformidad con lo presentido por Aristóteles, cómo la Naturaleza por una serie de grados, y sin solución de continuidad, se eleva desde la actividad psíquica más rudimentaria hasta la mentalidad más compleja.

A medida que la observación se dirige á grados superiores en la jerarquía de los seres, se percibe que el animal es susceptible de determinar síntesis mentales, cada vez más complejas, y á la vez á las operaciones intelectuales del hombre. Por rudimentaria que sea es patente la abstracción en algunos animales. Comienza por la disociación de los estados perceptivos, de los cuales sólo quedan fijas cualidades interesantes para un grupo, como base de una imaginación constructiva, esbozo á su vez de idealidad imperfecta. Con ella surge la previsión (en osos, gatos, perros y monos) ó trasposición espontánea é irreflexiva en lo porvenir de los hechos y grupos de hechos que constituyen el contenido de la experiencia anterior.

Como consecuencia de la abstracción espontánea, aparece la formación de «imágenes genéricas». Negar su posibilidad para el animal equivale á atribuirle una pasividad que desmiente con frecuencia. Cuando el perro conoce á su amo, aun vestido de diferentes maneras, ofrece prueba de que la imagen que le sirve para reconocerlo es genérica. Aunque en menor grado que el hombre, el animal conoce los objetos en su aspecto útil ó nocivo, que le sirve de base para inferencias tan seguras como puedan serlo nuestros razonamientos. Poseen un gran número de asociaciones mentales (no de conceptos que implican la existencia de la palabra, la de una generalización activa y una abstracción voluntaria) que son síntesis variadas de abstracciones suficientes para producir compuestos concretos.

Verdad es que el animal no se eleva nunca como el hombre al conocimiento de un principio general, á la concepción de una ley; pero desde el punto de vista práctico la sagacidad del animal puede, en cierta esfera restringida, igualar á la sagacidad del hombre desprovisto de saber teórico, y pensando y obrando sólo empíricamente, en cuyo caso inferencias de naturaleza análoga guían al uno y al otro.

En los oscuros limbos de la inteligencia animal se hallan placer, dolor, temor, etc. Romanes descubre en los insectos emociones sexuales. Lubbock atribuye á las hormigas crueldades y simpatías que revelan en el abandono ó en el cuidado de

sus compañeras. En los pájaros se observa orgullo, emulación, resentimiento, tristeza, etc. Los monos, aun los menos inteligentes, los gatos y los elefantes se complacen en actos premeditados de venganza. Por todas partes se halla en los animales signos de una naturaleza emocional, análoga á la de los hombres. Y á veces el estudio de las emociones animales ayuda á comprender los sentimientos humanos, señaladamente en cuanto se refiere á su génesis. Si no se identifican ambas en su desarrollo ulterior se debe principalmente á la actividad racional del hombre, cuya base está en la inhibición voluntaria, que modifica las tendencias (la educación corta las uñas de la bestia y lima los dientes de la fiera), poniéndolas un freno ó favoreciendo su desenvolvimiento. Los casos frecuentes de atavismo y degeneración (el hombre que se convierte en fiera) son nueva prueba de lo que decimos. El estudio de las sociedades animales (V. *Espinás*) pone de manifiesto, por modo inconcuso, los sentimientos de simpatía y de sociabilidad de los seres inferiores, sentimientos de los cuales no pueden prescindir ni el sociólogo, ni el moralista, aunque no sea más que para considerarlos como antecedentes cronológicos de simpatía y sociabilidad humanas, si más complejas, con elementos semejantes en su raíz.

Añadamos á lo expuesto observaciones de gran alcance hechas respecto al juego de los animales por K. Gross, y que prueban que el juego acusa en el animal y en el hombre un placer intenso: el de gastar energía con independencia de todo interés material (*interés desinteresado*, del cual hacen algunos depender el origen del arte), el de obrar, no en vista de la conservación de sí mismo ó de su especie, sino por exceso de vida, por excedente de energía, por una exuberancia que estimula el nacimiento de la simpatía y aun del amor. No extrañará ahora la definición que algunos han dado del amor, refiriéndose desde luego á sus manifestaciones más rudimentarias y primitivas, como exceso de nutrición, que estimula á la generación. Términos físicos de la definición en términos metafísicos de Schopenhauer, cuando dice que el amor es la meditación del genio de la especie.

En cuanto á la actividad instintiva, revela en los animales una fijeza y uniformidad que se consideran inalterables, y como datos para explicar su existencia referida á un mecanismo inflexible. Pero la ciencia contemporánea halla en el propio mecanismo variaciones, ya individuales, ya colectivas, que implican una adaptación inteligente y que echan por tierra la inmutabilidad de los instintos. A los casos que cita el entomólogo Fabre, pueden añadirse las observaciones más fáciles de recoger de variaciones en costumbres y hasta en naturaleza de los animales con su domesticación, y aun de las mismas abejas, cuando viven al lado de fábricas de azúcar, que en vez de irse á buscar las flores, se dirigen á aquéllas. Además es indudable que muchos actos instintivos comienzan por ensayos. Los nidos resultan mejor contruidos por pájaros viejos que por los nuevos.

El transformismo explica la aparición de los instintos, merced á la consolidación hereditaria de hábitos contraídos accidentalmente por un individuo ó por un grupo de individuos que han sobrevivido como más aptos para la lucha por la existencia. Los transformistas se esfuerzan en demostrar que la herencia tiende á referir al tipo específico á todos los individuos, en vez de favorecer la aparición de especies nuevas con instintos nuevos. Lalande, con su célebre *ley de la disolución*, entiende que los individuos marchan cada vez en sentido más acentuado hacia la homogeneidad y la uniformidad, y que no hay sólo tránsito de lo homogéneo á lo heterogéneo, sino también evolución inversa ó regresiva.

De todas suertes, sin decidir sobre el valor de la hipótesis transformista, parece obligado completarla con la observación de que los hábitos adquiridos por un individuo no subsisten, ni le permiten sobrevivir, sino en cuanto se hallan conformes con impulsos vitales y tendencias, hasta entonces latentes, y que sólo consiguen afirmarse mediante las condiciones favorables de existencia. Todo ello da por supuesta la existencia de un *factor psíquico*, si olvidado por Darwin, en parte reconocido por Condillac. Si un animal nace con predisposiciones enfermizas, nocivas á la conservación de su existencia ó á su desarrollo, queda eliminado en la lucha por la existencia. Es un hecho innegable la supervivencia del más apto, pero el más apto no es el que accidentalmente ha realizado un acto útil, cuya utilidad no ha percibido, ni se ha dado cuenta de su importancia. Se debe á que á excitaciones nuevas ha opuesto espontáneamente reacciones motrices apropiadas. Resulta que en la inteligencia del animal ha surgido, en virtud de la finalidad natural, la concepción más ó menos precisa de un acto útil. En suma: el origen del instinto se explica merced á un impulso dispuesto á producirse en el sensorium del animal, como se producen todos los impulsos; es decir, repentinamente, sin deliberación, con vigor y precisión por repetirse con uniformidad y con un automatismo creciente.

Así se señala el tránsito al examen de la actividad refleja. Los actos reflejos son adaptados á fines útiles, indispensables para la conservación de la existencia, lo cual obliga á pensar que los centros nerviosos inferiores son á la vez centros psíquicos, conciencias subalternas que conciben rápidamente cuál es el movimiento que conviene producir, dada tal ó cual sensación, explicación especulativa, que no tiene otra base que la analogía fácil de establecer entre la actividad refleja y la voluntaria, la cual va precedida de una deliberación y de una elección para fijar la naturaleza de los movimientos.

Es, sin embargo, indudable, que no se puede prescindir de la relación estrecha que existe entre la naturaleza de la excitación y el género de respuesta motriz, ni tampoco olvidar la importancia que adquieren los diferentes modos de la excitación periférica, modos que sirven de causa ocasional á una sensación más ó menos confusa, seguramente rudimentaria, pero cuya cualidad é intensidad reunidas constituyen el primer factor psíquico de la actividad refleja y suministran al menos un comienzo de explicación de su finalidad.

En conclusión, la actividad refleja de los organismos inferiores explica el origen de los instintos (y de ellos no carece el hombre, basta citar el sexual y el sociable) y la actividad instintiva da cuenta de la habitual é impulsiva (que también posee el hombre). Pero como la actividad voluntaria implica todos los modos inferiores de actividad puede ser mejor estudiada merced á la psicología comparada.

De forma que el examen de la sensibilidad y de la inteligencia animales revelan el parentesco psicológico del hombre y del bruto y á la vez la distancia que separa á la bestia inteligente del ser racional. Puede, por tanto, la psicología comparada, verificar los datos de la Psicogenia (génesis y desarrollo de la Psiquis. V. *Sicilianí*), completarlos y ayudarnos á conocernos mejor, mostrando los grados (pasos contados de la evolución) mediante los cuales hemos llegado á constituirnos como seres capaces de ciencia y de voluntad.

Tal es el contenido doctrinal, grandemente sugestivo, del trabajo de Duprat, extractado lo más fielmente que hemos podido hacerlo.

U. GONZÁLEZ SERRANO.

CIENCIA Y ARTE

FISIOLOGÍA

CAPITULO III

MODIFICACIÓN DE LAS FUNCIONES POR EL TRABAJO

Aumento de la contractibilidad del músculo.—Perfeccionamiento probable de la conductibilidad del nervio.—Perfeccionamiento de las facultades de coordinación del movimiento.—Educación del sentido muscular.—Dominio de los reflejos por la voluntad; regularización de los movimientos respiratorios.—Modificaciones del sistema nervioso mediante el ejercicio de los músculos.—Modificaciones materiales sufridas en la substancia nerviosa.—¿Son puramente hipotéticas?—Una observación del Dr. Luys.—Modificaciones funcionales del sistema nervioso.—La memoria de la médula espinal; su utilidad en la ejecución de los actos frecuentemente repetidos.—Modificaciones físicas debidas al hábito de trabajo.—La destreza.—El valor físico.—Increíble energía de los luchadores.

Hemos estudiado las modificaciones materiales que sufre el organismo bajo el influjo del trabajo: acabamos de ver cómo el ejercicio enérgico, modificador del movimiento de nutrición, tiene el poder de transformar los órganos y de cambiar profundamente la estructura de los tejidos del cuerpo. El hombre acostumbrado á trabajar presenta particularidades importantes en su conformación exterior, y asimismo en su estructura íntima. Todas las ruedas de la máquina humana se han adaptado poco á poco al funcionamiento más intenso que se les exigía diariamente, y han adquirido un perfeccionamiento material que las hace más aptas para funcionar.

El hombre se ha transformado físicamente bajo el influjo del ejercicio, y si quisieran resumirse en dos palabras los cambios que sobrevienen en un organismo, pasando de una existencia inactiva al hábito del trabajo, haría falta decir que todas las partes del organismo capaces de favorecer la ejecución del trabajo se han desarrollado, y que todos los materiales que podían ser una causa de sujeción para la misma han sufrido una disminución de volumen y tienden á desaparecer.

De estos dos órdenes de modificaciones orgánicas resultan dos aptitudes diferentes, que se adquieren por el hábito del trabajo: aptitud para producir movimientos más enérgicos, á consecuencia del mayor desarrollo de los órganos motores, y aptitud para soportar más tiempo esfuerzos musculares intensos, en virtud de la desaparición de los tejidos de reserva, en los cuales los productos de desasimilación demasiado abundantes ocasionarían la auto-intoxicación del cuerpo, causa la más eficaz de los accidentes de la fatiga.

Los cambios materiales sobrevenidos en el cuerpo humano á consecuencia del trabajo regularmente soportado, pueden explicar en gran parte el aumento de fuerza y la resistencia á la fatiga. Pero no se daría más que una idea incompleta de los beneficios debidos á la adaptación si no se reconociese la parte que corresponde á otro

perfeccionamiento adquirido en el hombre que ejercita sus músculos; es éste, el perfeccionamiento de todas las funciones que intervienen directa ó indirectamente en la ejecución del trabajo.

I

Bajo el influjo de un ejercicio diario bien dirigido, los músculos, no sólo llegan á ser más voluminosos y firmes, sino también más contráctiles. «Los músculos de un hombre *adiestrado* se contraen con una fuerza extraordinaria bajo el influjo del choque eléctrico» (1), decía, hace mucho tiempo, Royer-Collard en su estudio sobre el adiestramiento de los luchadores ingleses. La fibra muscular adquiere por el ejercicio un aumento de su propiedad contráctil, y puede responder tan vigorosamente á las órdenes de la voluntad como á las excitaciones de una pila eléctrica. Así se observa que, en igualdad de volumen, un músculo habituado á contraerse es más fuerte que otro que permanece inactivo.

El mismo perfeccionamiento se observa en las funciones respiratorias bajo el influjo del trabajo. Los pulmones no sólo han adquirido más desarrollo por el ejercicio; han ganado, además, una mayor aptitud para ejecutar sus movimientos con calma y regularidad, en medio de las perturbaciones violentas que acarrea el trabajo al organismo. En el hombre habituado al ejercicio violento, la respiración guarda mucho tiempo su ritmo regular, mientras que se altera en seguida por el trabajo en el hombre acostumbrado á la inacción.

El corazón mismo, además de adquirir con el ejercicio bien dirigido una estructura muy favorable al trabajo, despojándose de la grasa que puede recargarle; el corazón, decimos, adquiere un funcionamiento más regular. Tiende á perder esa impresibilidad excesiva que, al hombre que empieza á hacer ejercicio, le pone en seguida inquieto al menor cambio de la tensión arterial, á la menor elevación de temperatura en la sangre: no se altera ya bajo el influjo de los movimientos violentos.

Una comparación podrá ser más útil para precisar estos hechos que para explicarlos, porque hasta ahora no se ha dado ninguna explicación fisiológica satisfactoria. Un hombre que se acostumbra al trabajo perfecciona sus órganos, y llega á ser como un obrero que efectúa su tarea con mejores utensilios. Pero el obrero aprende de día en día á servirse de ellos, y acaba por sacar el mejor partido posible. Del mismo modo el hombre que ejercita su cuerpo todos los días deviene más apto para utilizar sus órganos, y les hace dar más trabajo porque sabe servirse mejor de ellos.

Los perfeccionamientos puramente funcionales que se observan en el juego de los órganos por el resultado del ejercicio no son en parte alguna tan manifiestos como en la ejecución de los movimientos.

Cada movimiento, hasta el más localizado en apariencia, es, según hemos dicho detalladamente, un acto que necesita el concurso de varios músculos, unos sinérgicos y otros antagónicos. Al sistema nervioso central es al que corresponde el papel de agrupar en un trabajo de conjunto todos los músculos que deben concurrir en un mismo movimiento y de dar á cada uno el grado de acción que le conviene.

Supongamos un cierto número de hombres empleados en trasladar fardos pesados. Si estos hombres, aunque muy vigorosos, están mal dirigidos, si sus movimientos se contraponen, si sus tracciones ó sus impulsiones no se hacen al mismo tiempo,

(1) Royer-Collard, *Mémoire á l'Académie*, 1842.

no podrán hacer, entre diez, la tarea que harían cinco bien dirigidos y habituados á trabajar juntos.

Del mismo modo un gimnasta que tiene á su disposición músculos bien ejercitados, es decir, acostumbrados á concurrir al mismo movimiento, dará más trabajo que un hombre de una fuerza superior, pero que no sepa servirse de sus miembros.

El trabajo que puede producir un hombre no depende sólo de la fuerza real de sus músculos, sino de la manera como sabe utilizarla.

La educación de los músculos produce una gran economía de fuerza en los movimientos: toda contracción muscular, en un hombre bien ejercitado, produce un efecto directo y útil al movimiento que se busca. En el hombre inhábil, muchos músculos están paralizados en su efecto por la intervención desgraciada de un músculo contrario. Sólo después de tanteos inconscientes y frecuentemente repetidos, sabe la voluntad á qué músculo debe dirigirse para obtener el movimiento deseado. Cada movimiento se perfecciona por el aprendizaje, puesto que la ejecución acaba por ser confiada á los músculos más aptos.

Se inclina uno á creer que cada músculo tiene un destino fijado de antemano, y que basta querer mover una parte del cuerpo en una dirección dada para encontrar en seguida el grupo muscular á que debe confiarse la ejecución del movimiento: los actos ordinarios de la vida se hacen sin tanteos; basta querer hacer un movimiento usual de los brazos ó de las piernas para ejecutarle. En general, para un hombre, y aun para un mono, es fácil imitar fielmente un movimiento ó una aptitud que se le enseña, porque generalmente se producen actos musculares, ejecutados ya muchas veces por el que los reproduce. Pero no ocurre igual en los actos nuevos á que el cuerpo no está habituado; hace falta una práctica asidua para aprender ciertos movimientos que se desconocen, ó para perfeccionar movimientos que se conocen ya.

No hay más que una manera útil de estudiar los movimientos: hacerlos. Haciéndolo uno mismo, se comprende fácilmente que para cada acto, por insignificante que sea, hay muchas operaciones, cuyas variantes se escapan casi siempre al observador, pero que siente el que hace el movimiento. Se llega, mediante el aprendizaje, á hacer una elección entre estas operaciones y á tomar, naturalmente, aquélla que representa la mayor economía de fuerzas para un mismo trabajo.

De ahí la gran dificultad de evaluar la fuerza real de un individuo basándose en la medida de su esfuerzo. Puede sostenerse que, cualquiera que sea el dinamómetro, no da la medida exacta de la fuerza de un hombre, porque hay una manera especial de golpear, de estirar ó de comprimir en el dinamómetro.

¿Que cosa más brutal en apariencia y menos sujeta á la educación muscular, menos independiente de la destreza del individuo, que el hecho de golpear alternativamente sobre un yunque con un martillo pesado? Y, sin embargo, la fuerza del choque no depende sólo del vigor del herrero. Todo el mundo ha podido ver en las ferias una especie de aparato dinamométrico, compuesto de un poste elevado ó bajo, en el que hay una superficie horizontal. El hombre que quiere medir su fuerza, golpea sobre la superficie con un martillo de mango largo. El choque del martillo se comunica, merced á un mecanismo, á un muñeco movable que sube verticalmente á lo largo del madero. La altura á que suba el muñeco, mide la fuerza del golpe dado. Los hombres más vigorosos, en general, no hacen subir tanto el muñeco como el propietario de la máquina, que tiene una fuerza ordinaria, pero que ha tenido tiempo de sobra para hacer el aprendizaje de su aparato y de la manera de servirse de él. Hay una manera

especial de dar un martillazo; los que desconocen ese arte de darlo *contienen el golpe*, es decir, hacen intervenir en el movimiento músculos cuya acción es contraria al efecto que se quiere lograr. De la acción antagónica de estos músculos resulta el amortiguamiento del choque, y, aunque el gasto de fuerza muscular sea más considerable, aunque entren en juego mayor número de músculos, el resultado aparente es menor.

Hay un modo de andar, de correr, de levantar un fardo con el menor esfuerzo posible. El hábito de practicar un ejercicio lleva, pues, á una disminución de gasto muscular, á una economía de trabajo, de donde resulta el aumento de fuerzas del hombre ejercitado.

FERNANDO LAGRANGE.

(Traducción de Ricardo Rubio.)

(Este capítulo concluirá en el próximo número.)

CRÓNICA CIENTÍFICA

Los acumuladores eléctricos.—Sus inconvenientes.—Perfeccionamientos de que son susceptibles.—Acumuladores de gas.—Experimentos de M. Pierre Germain.—Los trabajos del túnel del Simplón.—Martirologio obrero.

Desde que Gastón Planté realizó la hermosa concepción de almacenar electricidad por medio de las pilas llamadas «secundarias», se han aplicado numerosos perfeccionamientos á la construcción de acumuladores eléctricos, con tendencia, sobre todo, á que las pilas secundarias presenten la menor resistencia interior posible á reducir las pérdidas de energía en los acumuladores. Sabido es que cuando se trata de almacenar una fuerza hay que someterse á sufrir la pérdidas inherentes á este género de operación.

Con estas pérdidas ha de contarse siempre, porque se producen cualquiera que sea el sistema de acumulación á que se recurra; no se trata, pues, de eliminarlas por completo, sino únicamente de disminuirlas.

Cuando el manantial que se utiliza es poco constante, es indispensable interponer un poderoso regulador entre el manantial y las instalaciones que alimenta, toda vez que éstas exigen una alimentación regular y continua. Hay ocasiones en que sólo se dispone de una fuerza escasa y se trata de producir un trabajo considerable durante un corto espacio de tiempo; en este caso basta almacenar la fuerza motriz para encontrarla multiplicada en el momento preciso. Por último, quedan perdidos grandes manantiales de energía, y se ganaría mucho si de ellos se pudiese recoger una parte, por mínima que sea; en este caso es necesario recurrir al acumulador. Por pequeña que sea entonces la fuerza utilizada y grandes que sean las pérdidas, el resultado es aún brillante desde el punto de vista comercial é industrial.

M. Bandsept ha observado que el acumulador, como todo intermediario, debe necesariamente absorber parte de la energía, y la experiencia ha demostrado que esa absorción es grande, por lo que debería renunciarse al uso de ese aparato si la utilidad debiera ser proporcional á la riqueza del manantial de energía; pero este aparato se hace necesario cada vez que se trata de reducir los gastos de primera instalación, precisamente á causa de que el uso racional del acumulador permite aumentar considerablemente el período de la producción relativamente al del gasto.

Nadie ignora los servicios inmensos que han producido y producen diariamente

los acumuladores eléctricos; no habrán dado aún todo lo que de ellos se esperaba al principio, pero no debe olvidarse que son susceptibles de perfección, que realmente se les perfecciona cada día y que no puede ya dudarse de la misión excepcionalmente brillante que el porvenir les reserva.

Aparte de los acumuladores eléctricos, no tardaremos en ver aparecer en el mercado industrial acumuladores químicos de gas, sobre cuya concepción y funcionamiento publicó hace poco tiempo notas interesantísimas la excelente Revista *La Vie Scientifique*.

En Francia se enunció el problema; pero, como sucede casi siempre, los ingleses y alemanes son los que persiguen más activamente la solución.

Hará unos diez años, según leemos en la Revista citada, un inspector francés de telégrafos, M. Pierre Germain, á quien se debe también la creación reciente del teléfono de voz alta, pidió privilegio de invención para un acumulador de gas, y una vez obtenido... le abandonó, dejando á los inventores del otro lado del Rhin y de la Mancha el cuidado de recoger el fruto de su trabajo.

M. Germain usaba el carbón poroso y partía en principio de las combinaciones de oxígeno y de carburo de hidrógeno. Conviene observar que en la época, aunque reciente en que aquel sabio hacía sus investigaciones, no se conocía aún de una manera práctica la liquefacción del gas bajo presión. Distaba mucho, pues, de tener á la mano los medios de acción de que disponemos actualmente. A pesar de ello, los resultados fueron muy apreciables, sin llegar, no obstante, á lo que permite hoy la liquefacción industrial del ozono, del oxígeno, del acetileno, del hidrógeno y del aire. M. Germain encontró, sobre todo, dificultades considerables en la obtención de la estancación de sus aparatos para las fuertes presiones que exige en los acumuladores de gas un *voltagé* relativamente considerable, no siendo ello obstáculo para que sus aparatos funcionasen satisfactoriamente. No conociéndose aún el aire líquido, utilizó el gas del alumbrado y pudo excusarse de dinamo para la carga de sus aparatos.

Actualmente existen nuevos medios de acción; lo que era difícil hace diez años, se ha convertido en relativamente fácil en el día. Por lo mismo creemos que los acumuladores químicos de gas no tardaran en tener una representación importante en la industria.

*
* *

Los trabajos del gran túnel del Simplón avanzan rápidamente. Los periódicos de Ginebra publican respecto de este asunto interesantes detalles dando cuenta de los progresos realizados últimamente.

Por la parte del Norte, la galería de avance ha atravesado squistos grises blandos y secos; pero á partir del mojón kilométrico 3,700 al 3,724 se han presentado infiltraciones de agua; del 3,714 al 3,735 se ha revestido todo de madera y ha sido necesario suspender la perforación mecánica, substituyéndola por el empleo de la piqueta.

El término medio del avance por la perforación mecánica se calcula en 5,90 metros por día efectivo de trabajo.

Por la parte Sur la galería de avance ha atravesado el gneis de Antigerio, de una dureza variable: muy blanda entre los kilómetros 2,643 y 2,698, se ha debido recurrir al revestimiento de la galería entre el 2,670 y el 2,676, donde también se presentaron infiltraciones.

El término medio del avance de la perforación mecánica por este lado se calcula en 4,17 metros diarios.

Muy diferente aspecto presentan las noticias referentes á los heroicos trabajadores que llevan adelante la realización de aquella importante obra. Sin contar las enfermedades causadas por una labor constante en medio de una atmósfera viciada, algunas, seguidas de muerte, han sido numerosas en estos últimos tiempos. El frenero Martín Geri murió instantáneamente aplastado entre dos vagones. El albañil Juan Zitti, alcanzado por un tren, dejó la pierna izquierda como un miserable pingajo enredado entre las ruedas; el peón Natale Prestipino sufrió el destrozo de la pierna derecha entre la pared de la galería y un tren descarrilado, muriendo en el acto de la amputación. Al día siguiente le tocó el turno al minero Romeo, que murió aplastado por un bloc enorme en el acto de la descarga de blocs.

¡Si al menos esos oscuros y bravos campeones de la civilización y del progreso disfrutasen después del fruto de su trabajo! Durante el curso de los trabajos la enfermedad los acecha y la muerte violenta les sorprende; y luego si acaso sobreviven á su obra, les espera la falta de trabajo, la miseria y la desesperación, en tanto que los favorecidos de la fortuna, los detentadores de la riqueza social, viajeros ó accionistas, gozarán en paz de los placeres ó de los beneficios de que esta sociedad madrastra persiste en privar á los principales productores de la riqueza y del bienestar.

TARRIDA DEL MÁRMOL.

LOS MALOS PASTORES

DRAMA EN CINCO ACTOS

ACTO IV

Una encrucijada en el bosque á la caída de la tarde. A derecha una vieja cruz de madera se levanta sobre unos escalones de piedra desmoronados, y sobre los que crece la hierba. El sol, oculto detrás de los árboles, hace proyectar sombras negras, que se destacan sobre el fondo rojo del cielo occidental. Los caminos del Oeste se ven iluminados por reflejos sangrientos; los de la parte Oriente están en la penumbra de las sombras crepusculares. Una niebla de tonos rosa y azul sube, cubriendo el bosque. Durante el acto los resplandores del cielo disminuyen, agonizan, desaparecen; las sombras invaden los caminos, el bosque se oscurece; el cielo, en el que brillan algunas estrellas, adquiere un tono violeta pálido; la noche se acentúa progresivamente.

ESCENA PRIMERA

MAGDALENA Y JUAN ROULE

(Al levantarse el telón, una patrulla de soldados, dirigida por un oficial, atraviesa la escena. Luego de haber pasado, Juan Roule y Magdalena aparecen en un camino y, cogidos de la mano, oyen á la patrulla, cuyos pasos ritmados y ruidos de armas desaparecen á medida que se alejan. Lentamente se dirigen hacia la cruz; al llegar á ella, los brazos de la cruz se iluminan de un último reflejo de luz pálida, que desaparece inmediatamente. Magdalena va con los cabellos sueltos y envuelta en un manto oscuro. Lleva en las manos algunas linternas de papel apagadas, que las deja sobre las gradas de la cruz. Juan Roule escucha atentamente todavía. El silencio es profundo.)

Juan Roule. *(En voz baja.)* Ya no se oyen.

Magdalena. Esa es la última patrulla... No nos suponen por aquí... Los dra-

gones ocupan todos los caminos que conducen al Prè-du-Roy... Creo que nadie nos molestará.

Juan Roule. Y al encender esta linterna, crees tú que...

Magdalena. No. ¡Estamos lejos de la ciudad, lejos de los retenes de tropa, y donde se nos vigila es por allá! Además, esta noche no hay luna... Es preciso que te vean... que vean á mi Juan cuando les hable. *(Juan se sienta en un escalón pensativo. Magdalena va á cortar algunas ramas y dispone las linternas sobre las plataformas.)* ¡Parece una fiesta!

Juan Roule. ¡Una fiesta!... *(Silencio.)* ¡Con tal de que vengan!...

Magdalena. ¡Sí que vendrán! *(Habiendo terminado, se acerca á Juan, permaneciendo de pie.)* ¡Te ruego que domines tus nervios, que no te agites! ¡Haz un gran esfuerzo sobre ti mismo! ¡Ten calma!... Mientras llegan, ¿quieres que andemos un poco más?

Juan. No, no; me gusta más estar á tu lado... Siéntate aquí cerca de mí... Dame tus manos. *(Magdalena se las da.)*

Magdalena. ¡Qué ardientes las tienes! *(Silencio.)* ¡Tú tienes hambre, Juan mío!

Juan. No. Sufro porque veo que pierdo la confianza... Se alejan de mí, querida Magdalena... Unos están cansados de luchar, otros se creen traicionados, porque he querido que fueran hombres. ¡Siempre lo mismo! Si no hubiéramos recibido de Bélgica ese poco dinero, que les ha permitido comer unos días, se hubieran entregado ya completamente. ¡Tu padre el primero!

Magdalena. ¡Oh, mi padre está enfermo! Esto es demasiado emocionante para él. Después de vuestra entrevista con Hargand, apenas si sabe lo que dice... ha perdido la razón.

Juan. Su pensamiento está en el palacio con su amo... Ha vuelto á su servilismo. ¡Los demás volverán también! Cuando la duda penetra en el espíritu de las multitudes, todo ha terminado...

Magdalena. Explotan su debilidad y su ignorancia, y tú debías haber previsto esto. No debes, sin embargo, desesperar de reconquistar su fe.

Juan. *(Meneando la cabeza.)* Ignoran lo que es el sacrificio... Se desvanecen ante el hambre... Tiemblan ante la muerte.

Magdalena. ¡Es preciso enseñarles á soportar la una y... á desafiar la otra!

Juan. ¿Y cómo? Yo lo intento en vano.

Magdalena. ¡Por la bondad, por la dulzura!

Juan. ¡Dirán que soy un cobarde!

Magdalena. ¿Fué acaso á latigazos como Jesús dignificó á los hombres? *(Juan hace un gesto de desaliento.)* Pues bien; estos hombres son igual que aquéllos; nada han cambiado. *(Pone sus manos con ternura sobre los hombros de Juan.)* No te enfades; háblales con dulzura y bondad, y diles cosas sencillas que puedan comprender... Bajo la dura piel de sus cuerpos no hay otra cosa que corazones de niños que se asustan de todo. ¡Ámalos si te insultan! ¡Si te pegan, perdónalos! ¡Trátalos como pobres enfermos, como tiernas criaturas!

Juan. ¡Oh, vida mía, qué corazón el tuyo! ¡Me siento pequeño, muy pequeño, á tu lado!

Magdalena. ¡No digas eso! ¿Qué sería yo sin ti? ¿Te acuerdas de lo tímida y débil que era y de la obscuridad que había en mi alma? Viniste tú y se despertó cuanto en mí dormía; se iluminó cuanto en mí había obscuro. ¡Hoy me siento hecha de tu luz y de tu fuerza!

Juan. ¡Hoy eres tú quien me sostiene; tú quien mantiene mi espíritu cuando vacila; tú quien me da constantemente fe y fuerza! Veo en tus miradas, en el cielo profundo de tus ojos, mi estrella futura, cuya aparición en el horizonte de mi vida anuncia, en fin, los albores de la suprema libertad. ¡Y todo esto lo adiviné, lo vi en tus lágrimas!

Magdalena. Acuérdate de cuando lloraba. (*Apoya su cabeza sobre el pecho de Juan.*) Sólo una mirada tuya secaba mis ojos. Y en tu voz, cuando me hablabas, veía, Juan mío, palacios encantados, en donde los pobres estaban vestidos de oro; sentía desaparecer todos mis sufrimientos y laxitudes, dejando en mi pasado un surco brillante, cubierto de flores hermosas, ideales. ¡Oh, tú no puedes imaginarte el milagro de tu presencia! ¡Sólo con estar á nuestro lado, cambiabas nuestra casa, pobre y miserable, en palacio de abundancia y de grandeza.

Juan. ¡Magdalena! ¡Magdalena!... ¡Yo había visto todo eso en tus lágrimas, nada más que en tus lágrimas!

Magdalena. ¡Y mis hermanitos! ¿Te acuerdas cuando lloraban? Te los ponías sobre las rodillas, los mecías y les decías cosas tan dulces que te sonreían, durmiendo tranquilos y felices en tus brazos. (*Juan abraza á Magdalena.*) Pues bien; haz por aquellos que aguardamos lo que hacías por mis hermanitos y por mí... ¡Verás cómo te sonrien y te siguen hasta el sacrificio, hasta la muerte, alegres, cantando!...

Juan. ¡Oh, Magdalena! Acepto todo cuanto suceda: amarguras, traiciones, dolores... No me quejaré más, ya que he tenido la dicha suprema, la sublime felicidad de encontrar en mi camino de miseria la recompensa de tu amor. (*Se abrazan.*) ¡Oh!... ¡De tus ojos sale la fuerza santa que me anima!... ¡De tus labios el milagro de mi vida!... (*Están abrazados algunos segundos.*) ¡Más!... ¡Más!... ¡Jamás el día debiera desvanecer los encantos de una noche como ésta!

Magdalena. (*Levantándose súbitamente.*) ¡Escucha! ¡Escucha! (*Anda algunos pasos escuchando.*) ¡Se oyen pasos!... ¡Se oyen voces!... ¡Son ellos! (*Juan se levanta; se pasa la mano por la frente.*)

Juan. ¡Al fin!...

Magdalena. (*Volviendo hacia Juan.*) Digan ó hagan lo que quieran, no te enfades... ¡Me lo has prometido!

Juan. (*Sin fuerzas.*) ¡Sí!...

Magdalena. (*Yendo á la entrada de un camino, á la derecha, y dirigiéndose á los huelguistas, aún invisibles.*) ¡Por aquí, por aquí! (*Uno á uno, y por grupos, los huelguistas desembocan del camino.*)

ESCENA II

JUAN ROULE, MAGDALENA, FELIPE HURTEAUX, PEDRO AUSEAUME, JOSÉ BORDES, JULIO PACOT, CEFERINO BOURRU, FRANCISCO GOUGE, PEDRO PEINARD, HUELGUISTAS, MUJERES, NIÑOS

Pedro Auseaume. ¡Salud, Magdalena!

Magdalena. ¡Salud, Pedro!

Pedro Auseaume. (*Acercándose á Juan.*) ¡Ten cuidado!... Hay entre nosotros quien viene con malos propósitos...

Juan. Lo sé, Pedro... Pero yo les convenceré.

Pedro Auseaume. Desde hace unos días se viene fomentando la discordia, y si te fuera posible registrarlos, hallarías en los bolsillos de algunos dinero que huele á Maigret.

Juan. Te engañas, Pedro. Que sean cobardes, no me extraña; pero traidores, no lo puedo creer...

Pedro Anseaume. ¡Los canallas abundan en todas partes! Ten cuidado. ¡Yo apruebo cuanto haces... estoy contigo y vigilo!

Juan. (*Apretando la mano de Pedro.*) También hay buenos y bravos corazones. Gracias, amigo... Siempre he contado contigo...

(Continúan llegando huelguistas; hombres con ropas de trabajo, delantales de piel, y los sombreros echados atrás; otros con ropas de domingo, algunos vestidos de harapos. Muchas mujeres con toquillas á la cabeza ó largos mantos negros, con niños en brazos y de la mano. Tipos tristes, delgados; marcado el sufrimiento y el hambre; otros feos por la indumentaria y el espanto retratado en la cara. Revuelto todo en la penumbra producirá al espectador una impresión pavorosa. Llegan todavía más huelguistas de un lado y de otro. Rodean la cruz apiñados. Juan ocupa la plataforma, y de pie, la espalda apoyada contra la cruz, y mientras Magdalena enciende las luces y los huelguistas acaban de llegar, está triste; se distingue su cara perfectamente por la luz de una linterna que la alumbra. Se entablan conversaciones entre los huelguistas; el murmullo de muchas voces se acentúa.)

José Bordes. (*En un grupo á la izquierda.*) ¡Ah! ¿Qué os parece? ¡Miradle bien; está pálido!

Julio Pacot. ¡Porque tiene miedo! ¡Ya no hace el bravo; se le acabaron las arrogancias!

José Bordes. ¡Es, sin embargo, necesario que se explique!

Julio Pacot. Seguramente no querrá saber nada.

Pedro Peinard. (*Anciano.*) ¿Qué pasa? ¿De quién estáis hablando?

Julio Pacot. De tu hermana (*Se ríen. Pedro Peinard se pierde entre la multitud levantando los hombros.*)

José Bordes. (*Señalando la cruz.*) ¡Vaya una hermosura! ¡Cuidado con las luces!... Parece que celebramos el 14 de Julio. (*Risas mezcladas con exclamaciones de indignación. Estos dos obreros desaparecen también perdidos entre la multitud por el lado izquierdo. A la derecha se agita la multitud; gritos, una riña.*)

Francisco Gouge. ¡Te digo que sí!

Ceferino Bourru. ¡Pues yo te digo que no!

Francisco Gouge. ¡Te aseguro que se ha quedado con la mitad del dinerol...

Ceferino Bourru. ¡Repíte eso si eres hombre!

Francisco Gouge. ¡Que se ha quedado con la mitad del dinerol!

Ceferino Bourru. ¿Sí? Pues quédate tú con eso (*le pega*) y se lo llevas á Har-
gand, que te paga para que vengas aquí á fomentar disidencias. (*Gritos, tumultos, se interponen.*)

Ceferino Bourru. ¡Cobardes, ruines! (*Le dejan; se confunde con la multitud.*)

Una voz. ¡Callarse!

Otra voz. ¡Que se vaya!

Pedro Anseaume. ¡Si gritáis así, será la tropa quien se nos llevará á todos!

Voces por todos lados. ¡Silencio! ¡Silencio!

(Poco á poco el orden se restablece. Magdalena se ha sentado en el último peldaño de la cruz. Las mujeres, apretadas unas contra otras, ocupan los escalones de abajo. Juan Roule se adelanta pálido, sereno. Con claridad sólo se ve su cara. La multitud de mujeres se agita indecisa en la penumbra por encima de la ola de cabezas que, llegado este momento, ocupa toda la encrucijada. Juan Roule extiende los brazos; hace un gesto.)

Algunas voces de varios lados. ¡Atención! ¡Atención!

Juan Roule. ¡Amigos míos!

Una voz de entre la multitud. No; no somos amigos tuyos: *(Gritos.)* ¡Silencio! ¡Silencio! ¡Escuchadle!

Juan Roule. *(Con voz que domina al ruido.)* ¡Amigos míos, escuchadme! ¡Si alguien de entre vosotros quiere acusarme de algo, que lo haga, que pronuncie su acusación; pero como hombres libres é iguales, no como niños ó como esclavos. Estamos aquí para explicarnos leal y francamente, no para injuriarnos y pegarnos. *(Rumores.)*

Una voz. ¡Sí, sí; eso es!

Un obrero. ¡Habla, habla; te escuchamos!

Pedro Auseaume. ¡Que callen los vendidos! *(Exclamaciones.)*

Juan Roule. Todos tenéis el derecho de discutir, de juzgar mis actos. Si no os inspiro confianza, podéis retirarme el mandato que me habéis delegado... Yo creo haberlo cumplido en bien de vuestra dignidad é intereses... Si me he engañado, ha sido por ignorancia... ¡Entregadlo á otro más digno, más inteligente y abnegado!

Varias voces. ¡No, no!... ¡Sí, sí!... ¡Silencio! ¡Silencio!

Juan Roule. *(Dominando el tumulto.)* ¡Pero en nombre de vuestro honor y de la idea por la cual luchamos, no dudéis de un hombre que sólo tiene un deseo: amarnos; sólo un objeto, servirlos, y la ilusión tal vez de creeros héroes capaces de emanciparos, cuando en realidad no seréis más que esclavos, poniendo el cuello á un nuevo yugo, las manos á más gruesas cadenas! *(Ligeros rumores, pero más tímidos; se nota por el relativo silencio que precede á sus palabras, que Juan Roule ha adquirido cierta ascendencia momentánea sobre la multitud.)* Esas acusaciones que desde hace algunos días circulan de casa en casa, de grupo en grupo, para sembrar la desunión entre nosotros y desarmarnos ante nuestros enemigos, me son perfectamente conocidas, y voy á contestarlas sin detenerme un solo instante á examinar las innobles calumnias que contra mí se han lanzado y cuyo impuro origen nadie ignora. *(Rumores todavía.)*

Pedro Auseaume. ¡Bravo! ¡Bravo!

Juan Roule. Me reprochan porque con mi negativa he malogrado los funestos planes de nuestros enemigos, el haber rechazado el concurso de los diputados radicales y socialistas que querían inmiscuirse en nuestras luchas...

Varias voces. ¡Sí, sí! ¡Silencio! ¡Escuchad!

Juan Roule. Pues bien; no he querido que tomaran la dirección de la huelga, y estoy altamente satisfecho de haber obrado así. *(Movimientos diversos.)* ¡Vuestros diputados! ¡Valientes sujetos! Los conozco... Sé lo que valen, lo que hacen. Y vosotros mismos, ¿habéis olvidado el papel infame, la comedia burdamente siniestra que representaron en la última huelga? ¿No recordáis que después de haberos empujado á una resistencia desesperada os entregaron vencidos, desorganizados, atados de pies y manos á los patronos el día mismo que un pequeño esfuerzo os hubiera asegurado el triunfo? Pues bien, no; no he querido que, so pretexto de defenderos, vengan esos intrigantes de mala ley á meteros en combinaciones, en las cuales vosotros no sois más que un medio de acrecentar sus éxitos electorales, una presa excelente para satisfacer sus apetitos políticos y particulares. No tenéis nada común con esas gentes. Sus intereses no pueden confundirse con los vuestros, como no pueden tampoco confundirse los del usurero y su deudor, los del asesino y su víctima. *(Movimientos en sentidos diversos; un estremecimiento como principio de batalla corre por la multitud y la agita; Juan Roule continúa con voz más fuerte.)* Decidme, ¿qué han hecho por vosotros? ¿Qué resultados ha dado la ley protectora del trabajo? Ninguno.

Una voz. ¡Es verdad, es verdad!

Juan Roule. Y á defecto de esta ley, que no mejora vuestro estado, ¿qué sincero grito de piedad han exhalado en vuestra defensa? Si conocéis algún rasgo noble y desinteresado de esas gentes, alguna de esas exclamaciones de amor que salen del fondo mismo de las entrañas y que tienen el don de mantener la esperanza en el alma de los desheredados, decídmela, que necesito conocerla; y si eso no, citadme uno, uno solo de todos esos políticos de profesión que haya muerto por vosotros, que haya expuesto su vida por vuestros intereses.

Ceferino Bourru. (*En medio de los rumores.*) ¡Bravo! ¡Es verdad! ¡Abajo la política! ¡Mueran los diputados!

Juan Roule. Sabed que sólo existen por vuestra credulidad. Vuestro secular embrutecimiento lo explotan como á un campo. Vuestra servidumbre es para ellos una renta. Vivos, engordan con vuestra pobreza y vuestra ignorancia; muertos, se hacen un pedestal con vuestros cadáveres. ¿Es eso acaso lo que queríais que hicieran?

Una voz. No, no; tienes razón.

Juan Roule. Y el día que los fusiles de los soldados hacen caer muertos sobre el suelo ensangrentado á vuestros hijos y vuestras mujeres, á vosotros mismos, ¿dónde están los diputados socialistas? En las Cortes hablando, y nada más que hablando. (*Aplausos y protestas.*) ¡Pobre rebaño ciego! ¿Hasta cuándo te dejarás conducir por los malos pastores?

OCTAVIO MIRBEAU.

(*Continuará.*)

(Traducción de Antonio López.)

PARIS

(*Continuación.*)

Inmóvil y vacilante frente los espacios que se extendían ante él, Pedro se preguntaba con abatimiento dónde iría ahora, después de la brusca pérdida de todo cuanto había querido apasionadamente desde la mañana. ¿Iría otra vez al palacio Duvi-llard? Lo ignoraba; y el irritante recuerdo le acosaba nuevamente con su cruel ironía. ¿Para qué, puesto que Laveuve había muerto? ¿De qué servía ahora andar por las calles para esperar á que transcurriesen seis horas? Ni siquiera se le ocurrió que tenía domicilio propio, y que lo más sencillo era volver allí. Parecíale que le faltaba hacer una cosa de gran importancia, aunque no le era posible decir cuál. Y con los pies pesados y la cabeza aturdida, bajó del pórtico, y entretúvose un momento en recorrer el mercado de las flores, un mercado de flores de invierno, donde las primeras azaleas estaban encogidas por el frío, viéndose algunas mujeres que compraban violetas y rosas de Niza. El abate las miró como si le interesara aquel lujo perfumado, y después, sobrecogido de un repentino horror, huyó en dirección á los bulevares.

Pedro siguió adelante, sin saber adonde iba, ni por qué. Las sombras le sorprendían, como si fuesen un fenómeno imprevisto; había elevado los ojos al cielo, y asombrábase de verle palidecer con mucha suavidad sobre los negros cañones de las chimeneas; y era también cosa singular para él ver en todos los balcones las grandes letras doradas de las muestras, en las que iba á extinguirse la luz del día. Jamás

había fijado su atención en la mezcla de colores de las fachadas, en los vidrios pintados, en los trofeos, en los anuncios y en los almacenes magníficos. Después, en la calzada, á lo largo de las aceras, entre las columnas y los kioscos, azules, rojos ó amarillos, ¡qué muchedumbre, qué tumulto extraordinario! Los coches corrían con gran estrépito, y por todas partes la oleada de los vehículos de alquiler mezclábase con los pesados ómnibus, semejantes á ostentosos navíos de alto bordo; mientras que la avalancha de los transeuntes se renovaba sin cesar por ambos lados hasta lo infinito, con un apresuramiento conquistador. ¿De dónde salía toda aquella gente? ¿Dónde iban todos aquellos coches? ¡Qué estupor y qué angustia!

Y Pedro andaba siempre, maquinalmente llevado por su negra meditación. La noche llegaba, y encendíanse los mecheros de gas; era la hora en que las tinieblas no se han hecho aún, y en que los globos eléctricos brillan en la luz del día que se extingue. Por todas partes lucían las estrellas de las lámparas y los almacenes iluminaban sus escaparates. Muy pronto iban á circular por los bulevares las estrellitas vivas de los coches, semejantes á una vía láctea en movimiento, entre las dos aceras iluminadas por los faroles y las girándulas, lujo de luz deslumbradora.

Y entre los gritos de los cocheros y los empujones de los transeuntes notábase el afán del París de los negocios y de las pasiones, la lucha sin tregua por el amor y por el dinero. El fatigoso trabajo del día había terminado; el París de los placeres se iluminaba, y la noche de fiesta comenzaba ahora. Los cafés, las tabernas y los restaurantes brillaban, dejando ver detrás de los grandes cristales sus mostradores de metal claro, sus mesitas blancas, la tentación de las ricas frutas y de los cestos de ostras á las puertas; y aquel París que así despertaba á los primeros resplandores del gas, estaba alborozado ya, cediendo al apetito desencadenado de todo lo que se compra.

Pedro tropezó de pronto, faltando poco para que cayese en tierra, porque una legión de vendedores de periódicos se precipitaba á través de la multitud, anunciando los de la tarde. Una nueva edición de *La Voz del Pueblo* era principalmente la causa de un estrépito atronador que dominaba el ruido de las ruedas de los coches, y algunas voces roncas gritaban á intervalos irregulares: «¡Comprad *La Voz del Pueblo*, con el nuevo escándalo de los Caminos de hierro africanos, la derrota del ministerio, y los treinta y dos vendidos de la Cámara y del Senado!» Y en los ejemplares del diario, agitados como banderas, leíanse estos títulos en caracteres enormes. La multitud proseguía su marcha sin prestar mucha atención, acostumbrada á ese cieno saturado de infamia. Algunos hombres se detenían para comprar el diario; mientras que varias jóvenes que habían bajado en busca de alguna comida, luciendo sus trajes, esperaban al amante de la casualidad, examinando de reojo las salas de los cafés. Y aquel grito deshonoroso de los diarios, aquel grito que manchaba y abofeteaba, parecía ser el último clamoreo del día, el tañido de la campana que anunciaba los funerales de la nación al principio de la noche de placeres que iba á comenzar.

Entonces Pedro se acordó otra vez de la mañana que acababa de pasar, de aquella espantosa casa de la calle de los Sauces, donde se acumulaban tanta miseria y tantos padecimientos; representóse el patio fangoso como una cloaca, las escaleras nauseabundas, las habitaciones sórdidas, heladas y desnudas, las familias disputándose un alimento que no hubieran querido ni los perros vagabundos, las madres con los pechos exhaustos, paseando á sus criaturas que gritaban, y á los viejos caídos en un rincón como animales, agonizando de hambre sobre la basura. Después recordó también la magnificencia, la tranquilidad, la alegría de los salones por donde había pasado, todo

el brillo insolente del París financiero, del París político y mundano; y llegaba por fin al crepúsculo de ese París Gomorra, de ese París Sodoma, encendiéndose para iluminar las abominaciones de aquella noche cómplice; y la execrable monstruosidad de todo esto, clamaba bajo el cielo pálido, donde brillaban las primeras estrellas, puras y temblorosas.

Pedro se estremeció ante aquel cúmulo de iniquidades y de dolores: ante todo lo que pasaba abajo, en la miseria y en el crimen, y lo que sucedía arriba, en la riqueza y en el vicio. La clase media, en el poder, no quería ceder cosa alguna de la soberanía conquistada, robada; mientras que el pueblo, siempre engañado, y mudo, apretaba los puños, reclamando su parte legítima; y esta injusticia espantosa era la que llenaba de cólera la sombra naciente. ¿De qué nube, flanqueada de tinieblas, iba á partir el rayo? Hacía años ya que le esperaba, y que parecía anunciarse por sordos fragores en todos los puntos del horizonte. Si había escrito un libro de candor y de esperanza, si había ido innocentemente á Roma, era para conjurar el tremendo desenlace; pero toda esperanza había muerto en su corazón; el rayo le parecía inevitable, y en lo sucesivo nada podría evitar la catástrofe. Jamás la había creído tan próxima, en la impudencia feliz de los unos, y en la miseria exasperada de los otros; se preparaba, y seguramente estallaría sobre aquel París fanfarrón que, llegada la noche, atizaba la hoguera.

En el momento de llegar á la plaza de la Opera, Pedro, rendido de fatiga, levantó los ojos. ¿Dónde estaba? El corazón de la gran ciudad parecía latir allí, en la vasta extensión de aquella encrucijada, como si la sangre de los barrios lejanos hubiese afluído de todas partes por triunfantes avenidas. Vió cómo se perdían en el horizonte las calles de la Avenida de la Opera, la del Cuatro de Septiembre y la de la Paz, iluminadas aún por un resto de luz diurna; el bulevar atravesaba la plaza con el torrente de su circulación, contra el cual chocaban las afluencias de las calles vecinas, y formábanse así continuos remolinos, que convertían aquel punto en el abismo más peligroso del mundo. En vano los guardias de paz trataban de poner un poco de orden; la oleada de transeuntes desbordábase á pesar de todo; las ruedas de los coches se enredaban, y encabritábanse los caballos en medio del ruido de aquella marea humana, tan alta y tan incesante como la voz de la tempestad de un océano. Después vió la mole aislada del teatro de la Opera, poco á poco invadida por la sombra, enorme y misteriosa como un símbolo, y de la que Apolo, portador de la lira allí arriba, conservaba el último reflejo de la luz en el cielo lívido. Todas las ventanas de las fachadas se iluminaban, difundiendo la alegría aquellos millares de lámparas, encendidas una por una; la necesidad de una expansión universal parecía aumentar con la sombra creciente; mientras que, de trecho en trecho, los globos eléctricos brillaban como las lunas de las noches claras de París.

¿Por qué se hallaba allí? preguntábase Pedro con acento irritado y la boca abierta. Puesto que Laveuve había muerto, nada le quedaba que hacer más que volver á su casa, retirarse á un rincón con la puerta y las ventanas cerradas, como un ser inútil ya, sin creencia y sin esperanza, y que tan sólo aguardaba la hora del aniquilamiento final. El trayecto era largo desde la plaza de la Opera á su casita de Neuilly; mas á pesar de su fatiga no quiso tomar un coche, y retrocedió en dirección á la Magdalena, en medio de la multitud que llenaba las aceras y del estrépito atronador de la calzada, poseído del deseo de agravar su herida, saturándose de cólera y del espíritu de rebelión. ¿No estaba en la esquina de aquella calle, en la extremidad de aquel bulevar, al

borde de aquel abismo donde iba á hundirse aquel mundo corrompido, del que oía ya crujir á cada paso la antigua sociedad?

Cuando quiso atravesar la calle de Scribe, un tropel le detuvo: delante de un magnífico café, dos grandes diablos, mal vestidos y muy sucios, gritaban alternativamente «*La Voz del Pueblo*, los escándalos, los vendidos de la Cámara y del Senado,» con una voz hueca tan cascada, que los transeúntes se detenían para escuchar. Y allí reconoció otra vez con sorpresa á Salvat, en un hombre vacilante, que después de oír se había acercado al gran café para mirar por los cristales. Esta vez el encuentro le chocó, haciéndole concebir sospechas, hasta el punto de resolver observarle. No podía creer que le vería entrar y sentarse á una de las mesitas, bajo la alegre luz de las lámparas, él, que tenía un aspecto tan mísero, con aquel pedazo de pan que formaba un bulto bajo el viejo chaquetón andrajoso. Esperó un instante, y después vióle alejarse simplemente con paso tardo, como si el café, casi desierto, no le hubiera convenido. ¿Qué buscaba, pues; adónde corría desde por la mañana, en aquella cacería solitaria y salvaje, lanzado de tal modo á través del París de la riqueza y de los goces, con el hambre que le pisaba los talones? Andaba con dificultad, y al parecer no le quedaba ya fuerza ni energía; con aire abatido, se acercó á un kiosco, en el que se apoyó un momento; pero irguiéndose después, siguió andando siempre.

Entonces se produjo un incidente que acabó de impresionar á Pedro. Un hombre alto y robusto, desembocando de la calle Caumartin, acababa de ver á Salvat y acercarse á él; y el sacerdote, después de vacilar un poco, reconoció á su hermano Guillermo en el momento en que estrechaba sin vergüenza la mano del obrero. Seguramente era él, con su abundante cabello rapado, su blancura de nieve, á pesar de los cuarenta y siete años que contaba, y su espeso bigote castaño sin un hilo de plata, lo cual comunicaba una expresión muy enérgica á su rostro. Tenía de su padre aquella frente alta en que se revelan la lógica y la razón inexpugnables, como la de Pedro; pero la parte inferior del rostro del hermano mayor presentaba más desarrollo, y la boca era más grande. Una cicatriz pálida, una antigua herida cruzaba la sien izquierda, y aquella fisonomía, muy grave á primera vista, tenía una belleza varonil cuando una sonrisa entreabría los labios, dejando ver la blancura de los dientes.

Pedro recordó entonces lo que la madre Teodora le había dicho por la mañana. Su hermano Guillermo, compadecido de tanta miseria, se había arreglado para ocupar en su casa á Salvat durante algunos días; y esto explicaba el aire de interés con que parecía interrogarle; mientras que el mecánico, turbado por aquel encuentro, se impacientaba como si le urgiera marcharse. Durante un momento, Guillermo echó de ver sin duda aquella turbación, notando al mismo tiempo las contestaciones confusas que obtenía. Sin embargo, separóse del obrero; pero casi de pronto se volvió y miróle alejarse, con su paso tardo, á través de la multitud. Las reflexiones que entonces hizo debieran ser muy graves y urgentes, pues de improviso decidióse á retroceder, á fin de seguir á Salvat, como para asegurarse de la dirección que seguía.

Poseído de una inquietud creciente, Pedro había contemplado la escena. El hecho de esperar con inquietud una gran desgracia, sin saber cuál; la sospecha que acababan de infundirle los encuentros sucesivos é inexplicables de Salvat, y la sorpresa de ver ahora á su hermano mezclado en la aventura, habían despertado en él la necesidad de saber, de presenciar, y de impedir tal vez alguna cosa. No vaciló, pues, y siguió á los dos hombres con prudencia.

Nueva sorpresa fué para él cuando Salvat, y después su hermano Guillermo, se

dirigieron bruscamente á la calle Godot de Mauroy. ¿Qué destino les conducía á esta calle, á la cual deseaba él febrilmente volver, y de la que tan sólo le apartó la muerte de Laveuve? Y su impresión fué más profunda cuando, después de haberle perdido un instante de vista, vió de nuevo á Salvat de pie en la acera, frente al palacio Duviillard, en el sitio mismo donde creyó reconocerle por la mañana. Precisamente la puerta cochera estaba abierta de par en par, porque se estaba haciendo una reparación del suelo debajo del pórtico, que había quedado abierto después de marcharse los trabajadores. En la calle obscura, junto al brillante boulevard, extendíase una especie de sombra azulada, que los mecheros de gas parecían salpicar de algunas estrellas; varias mujeres pasaron, obligando á Salvat á bajar de la acera; pero éste volvió á subir y encendió una punta de cigarro, tal vez recogida bajo las mesas de un café, después de lo cual permaneció inmóvil frente al palacio.

Agitado de tristes pensamientos, Pedro se inquietaba, y preguntábase si no sería mejor hablar á Salvat. Lo que le detenía era la presencia de su hermano, á quien había visto ocultarse en una puerta vecina, acechando y dispuesto á intervenir él también. Se contentaba, sin embargo, con no perder de vista á Salvat, que siempre al acecho, con la mirada fija en el pórtico y sin apartarla más que para dirigirla al boulevard, parecía esperar alguna persona ó cosa que debiese llegar de allí. En efecto, el landó de los Duvillard apareció al fin, con su cochero y lacayo, vistiendo librea verde y oro; el coche, muy elegante, iba tirado por dos caballos magníficos.

Contrariamente á la costumbre, el landó, que á tal hora solía volver con la madre ó el padre, no iba ocupado aquella tarde más que por los hijos Camila y Jacinto, que volvían de la reunión de la princesa de Harn, y hablaban libremente con la tranquila impudencia de costumbre.

—Las mujeres me disgustan. ¡Y qué olores, qué pestel! ¡Y siempre el pecado en que se arriesgan á incurrir, estando en su compañía!

—¡Bah! amigo mío, por lo menos valen tanto como tu Jorge Elliot, que parece una señorita. Por lo pronto, tú te jactas, y haces mal de no arreglarte con la princesa, que arde en deseos de ello.

—¡Ah! la princesa; he aquí otra que me aburre.

Jacinto quería tratar de la negación de los hechos; pero Camila, irritada al parecer, hablaba febrilmente, y después de una pausa, dijo:

—Ya sabrás que mamá está allá abajo, con él.

Jacinto no necesitaba que precisasen más, y comprendía bien, pues á menudo hablaban del asunto con toda libertad.

—La prueba del corsé en casa de Sabina ¿eh? ¡Qué estúpida historia!.. Ha salido por la otra puerta y está con él.

—¿Y qué te importa á ti que esté con el buen amigo Gerardo?—preguntó Jacinto tranquilamente.

Y como viese á su hermana agitarse en el asiento, añadió:

—¿Le amas tú siempre? ¿Le deseas?

—¡Oh! sí, le quiero y le tendré.

Camila había proferido esta exclamación con toda la rabia celosa de joven fea, revelando todo su padecimiento por saber que su madre, tan hermosa aún, le robaba su placer.

—Le tendrás, le tendrás—replicó Jacinto, á quien complacía martirizar un poco á su hermana porque la temía—; le tendrás si él quiere darse... pero no te ama.

—¡Sí me ama!—replicó furiosamente Camila—. Se muestra bondadoso conmigo y esto es suficiente.

Jacinto temió la mirada de sus ojos negros, así como sus manitas, que se crispaban como garras; y después de una pausa preguntó:

—¿Y qué dice papá?

—¡Oh! con tal que papá esté en casa de la otra de cuatro á seis, poco le importará.

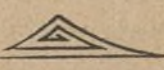
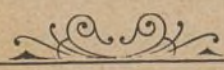

Jacinto se echó á reír. Esto era lo que ellos llamaban la «merienda» de papá, y Camila se reía mucho, excepto los días en que su mamá iba también á merendar fuera.

El landó, cerrado, acababa de penetrar en la calle y acercábase al trote sonoro de sus dos magníficos caballos. En aquel instante mismo, una joven rubia, una modistilla que llevaba pendiente del brazo una gran caja de cartón, cruzó vivamente para entrar en el pórtico antes que el coche; llevaba un sombrero para la baronesa y había recorrido el boulevard, mostrando á todos sus lindos ojos azules, su graciosa nariz y su boca que reía siempre, realzando el encanto del más agradable rostro que se pudiera imaginar. Y en aquel momento fué cuando, después de dirigir una última mirada al coche, Salvat penetró de un salto bajo el pórtico y casi al punto reapareció arrojando al arroyo su punta de cigarro encendida, hecho lo cual se marchó sin correr, desapareciendo en el fondo de las tinieblas de la calle.

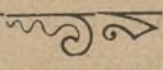
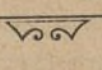
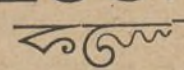
EMILIO ZOLA.

(Se continuará.)

(Es propiedad de la casa editorial Maucci, de Barcelona.)



SECCION GENERAL



LAS NECRÓPOLIS

Las ciudades erigidas á los muertos, no sólo son un sarcasmo y una sangrienta ironía en una sociedad en que muchos de los vivos carecen de un hogar donde poder reclinar la cabeza y millares de infelices, á quienes los cristianos llaman hermanos, se ven obligados á dormir bajo los puentes ó al borde del camino por no tener ni un triste albergue que los resguarde de la lluvia y el frío, sino que, además, constituyen una de las principales causas de la gran mortandad que se observa en las ciudades llamadas civilizadas.

Esos micro-organismos, origen del tifus y de otras muchas enfermedades de carácter parasitario, siguen reproduciéndose y aumentando en esos pudrideros humanos llamados cementerios; y, ó bien por las filtraciones del suelo van á envenenar las aguas de que se surte la población, ó, tomando como vehículo el aire, aprovechan una corriente favorable para volver por nuevas víctimas; pues la sepultura no puede ser una prisión para organismos tan diabólicamente delgados que pueden penetrar en el huevo sin romper la cáscara.

Pero muchos al leer esto exclamarán: «¡Eso no es posible! Si tal cosa ocurriera, ¿cómo se explicaría que los hombres de ciencia, encargados de velar por la salud

pública, no dieran el grito de alarma, previniendo á las autoridades primero y al público después, respecto al grave peligro que todos corrían?» Con la continuación del bárbaro sistema de la inhumación de los cadáveres, que convierte en terribles focos de infección los parajes que á esto se dedican, llamados sagrados por la perversidad y la ignorancia, se da á las bacterias patógenas todas las facilidades posibles para que sigan sembrando el luto y la muerte en el seno de pueblos y ciudades.

Pero contestemos á la anterior pregunta. Si los médicos higienistas no adoptan una actitud enérgica que haga frente á tan enorme calamidad, no es ciertamente ni por falta de conocimientos ni mucho menos de voluntad; pues ellos mismos están expuestos á sufrir las deplorables consecuencias del abandono é incuria presentes; pero oprimidos y sujetos por los formidables tentáculos de ese gran pulpo gigantesco que se llama «el dios capital», no se encuentran con energías suficientes para luchar con el monstruo y dar la batalla en defensa de la verdad.

Y, sin embargo, no podrá con justicia decirse que la conducta de tales individuos es baja y ruin, sacrificando la vida de sus semejantes á cambio de un pedazo de pan, porque la verdad es que la situación de aquéllos en la sociedad individualista es por todos estilos lamentable. ¿Acaso se le oculta que las colmenas humanas donde moran, no ya únicamente los trabajadores, sino hasta la pequeña burguesía, son completamente inhabitables, consideradas desde el punto de vista higiénico? ¿Desconocen que lo reducido del salario del esclavo moderno es causa de su prematura muerte y de su constante ruina? No; todo eso lo saben y algo más; ¿pero quién se atreve á indisponerse con los satisfechos sin correr el riesgo de caer en el surco y venir á aumentar el número de aquellos á quienes se trataba de salvar? ¿Qué hará el científico el día que el capitalista le vuelva la espalda y haga el vacío á su alrededor? ¿Cómo alimentará á su familia y atenderá á sus más perentorias necesidades?

Un propietario llama á un arquitecto y le dice: —En el solar que he comprado, y en el cual antes había una casa de tres pisos, de cinco habitaciones cada uno, deseo levantar otra de cuatro y doble número de aquéllas. —¡Hombre, eso no es posible— exclama el otro—, habría que suprimir el patio, y el aire y la luz no penetrarían en su interior; además, la junta de higiene no aprobaría el plano, y nada habría usted conseguido. —Esa no es cuenta suya, sino mía; si tiene escrúpulos de monja y lo considera como caso de conciencia, me lo dice francamente, que no me ha de faltar quien lo haga.

El capitalista tiene razón: lo que sobran son arquitectos que, faltos de ocupación, lo aceptarán todo por librarse, aunque no sea más que temporalmente, de los horrores de la miseria negra y asegurar por lo menos el presente, ya que no es posible el porvenir.

La pobre víctima reflexiona un momento, y teniendo que elegir entre la indignidad y la muerte, le dice al fin al bárbaro opresor: «Se hará lo que usted quiera.»

Y en efecto, el edificio se construye; el médico higienista, después de hacer algunas observaciones, termina por rendirse, como el otro, ante la poderosa fuerza del capital. De ahí que el trabajador viva hoy, á pesar del progreso moderno y del incuestionable adelanto científico, en condiciones cada vez menos higiénicas y más contrarias al mantenimiento de la salud.

Pues bien; eso mismo pasa con los cementerios. El clero, pagado por la burguesía para mantener á la masa sumida en la ignorancia, le ha hecho creer á ésta que en dichos lugares permanecen los cadáveres como en un sueño, aguardando que llegue

un día en que un ser sobrenatural, al son de clarines y trompetas, haga que se levanten los muertos, disponiendo de ellos según su voluntad.

Si tales tonterías no produjeran otro resultado que el de facilitar la explotación del adormido é inocente pueblo, siempre deberían ser intolerables; pero no constituirían, como hoy sucede, un crimen, un verdadero crimen de lesa humanidad.

La salud pública es y debe ser la ley suprema, y esos pudrideros humanos, que son la vergüenza del siglo xx, deben desaparecer en la primera oportunidad que se presente. Volando primero con dinamita y cubriendo después los escombros con cloruro de calcio, que es un antiséptico económico, en pocas horas se puede librar á la población de un formidable y terrible enemigo.

Como los creyentes meditaran tan sólo un momento sobre la existencia de esos microbios patógenos que, como los de la peste bubónica, el cólera y la tuberculosis, tanto mal han hecho y siguen causando á la humanidad, pronto saldrían de su gran error comprendiendo que esos temibles parásitos que van esparciendo la muerte por doquier, ó son la obra de la divinidad, ó existen á pesar suyo: en ambos casos son incompatibles con la idea de Dios; pues si éste los había creado, sería un ser malvado, y si vivían contra su voluntad, su impotencia se vería manifiesta, faltándole así los principales atributos que debía tener el supuesto autor de todas las cosas, lo mismo animadas que inanimadas. Y si, como dicen los hombres de fe, «no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad del Señor», tampoco las bacterias de que venimos ocupándonos podrían matar á millares de criaturas humanas sin su permiso.

Pero nos hemos apartado de nuestro camino y hay que volver á él. No debiendo esperar nada la sociedad de fuerzas extrañas á la Naturaleza, y siendo hoy posible apreciar, gracias al progreso científico, los graves peligros y la fuente de terribles males que son las necrópolis para los pueblos que se hallan al alcance de su maléfica acción, se hace indispensable que ella procure por sí misma poner el correspondiente remedio, el cual, cuando ya no ha venido de lo alto, es seguro que nunca bajará.

La destrucción del cadáver por el fuego, único medio de concluir con las causas que produjeron la muerte, se impone con una fuerza abrumadora, como ineludible necesidad.

Pero, presos en las feroces garras del capitalismo imperante, los trabajadores, lo mismo el intelectual que el manual, serán impotentes, tanto para atajar el mal como para ponerle remedio.

Sólo el verdadero comunismo, no el de las prisiones, cuarteles y conventos, sino el anarquista, emblema de la libertad, igualdad y fraternidad, podrá devolver á las sociedades humanas la vida y la salud de que hoy carecen.

FERMÍN SALVOCHEA.

UN TRIUNFO

Escribir el poema de la conciencia humana sería fundir todas las epopeyas en una sola, superior, definitiva.

La conciencia es el caos de todas las ambiciones, de todas las quimeras y de las tentaciones todas; el homo de todos los delirios, el antro de todas las ideas, buenas ó malas.

Penetrad á ciertas horas á través del lívido semblante de un ser humano que reflexiona, y mirad detrás, en el fondo de aquella oscuridad; mirad al interior de aquella alma.

Hay allí, bajo el silencio del exterior, combates de gigantes, como los de Homero, y espirales ilusorios como en Dante.

Nada tan sombrío como lo infinito que lleva toda persona dentro de sí misma, y al que somete con desesperación y á su pesar las voluntades de su cerebro y las acciones de su vida.

Ese templo, cuyo único juez y sacerdote es Dios.

Sin embargo de ser este siglo el llamado de la luz y del progreso, hay muchos que pretenden profanarle, imponiéndole leyes y doctrinas absurdas y retrógradas, valiéndose de todos los medios á su alcance, y en particular de uno, al parecer poco importante, pero en realidad harto peligroso:

La mujer, por su apariencia física débil y por su misma debilidad inviolable como enemigo.

¿Qué hombre, aun el más valiente, hace frente á una mujer? He aquí el peligro.

Recuerda en seguida á su madre, á su esposa, á su hija, seres queridos que reinan en su hogar y en su corazón...

¡Cuán pocos se atreven á combatirlos en sus ideas y costumbres y menos á hacerse odiar de ellas!

Y *ellas* son los instrumentos de que se valen los enemigos del progreso para combatirnos.

Por eso no debemos dejar de repetir que la ilustración de la mujer es muy importante para evitar la propagación del fanatismo.

El corazón de la mujer, tan dulcemente inclinado por su naturaleza á la caridad y al bien, se vuelve (con ideas atrasadas) dura é inflexible cuando de un ser contrario á sus doctrinas se trata.

Mirad cuán pocas señales de vida han dado cuando de los tormentos de Montjuich se ha tratado; qué mudas ante los continuos llamamientos de unas *verdaderas* personas caritativas que suplican les ayuden á formar un asilo, donde puedan recogerse tantos niños pobres abandonados, etc., etc.

En cambio, esas mismas que niegan su apoyo para tan hermosas y cristianas obras, son las primeras en protestar contra todos los adelantos y el progreso, siendo cuestión, *para ellas* principalmente, de tanto interés.

Siguen la tradición de aquellos que antiguamente gritaban: «¡Vivan las cadenas!» Prefieren su humilde situación social, á ser la digna compañera del hombre, *no su inferior*.

Lo más gracioso del caso es que, protestando de repente, han tomado públicamente parte en el concierto social, ocupando su verdadero lugar, emitiendo á su vez sus ideas.

Algo, pues, hemos conseguido. ¡Adelante!

MARÍA MALLIÉ DE A.